Crítica Magazine

AÑO I — BUENOS AIRES, Lunes 3 de Enero de 1927 — N.o 8



EL PERSONAJE DEL DIA. —

En la tranquilidad del hogar Doña María Poey de Canelo posa para **CRITICA MAGAZINE.**

HOMBRES Y COSAS DE LA SEMANA

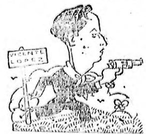
SEMANA POLICIAL, EMINENTEMENTE policial, la que acaba de transcurrir. Forzoso es, pues, que el comentario gire alrededor del esclarecimiento del misterio de Vicent López y de la rehabilitación de María Poey de Canelo.

ENTRE LAS FIGURAS QUE HAN actuado en el sensacional asunto, cabe señalarse la del jefe de Investigaciones comisario Eduardo I. Santiago, quien procedió con extraordinaria visión de las cosas y un dominio poco común de la lógica profesional. Fué él, efecti-



vamente, quien con CRITICA sostuvo desde el primer instante que los autores del asesinato del doctor Ray eran ladrones; fué él quien negó la existencia del cianuro pandiano, y quien finalizó la pesquisa y aclaró el misterio, con la captura de los hermanos Antía, asaltantes del chalet y criminales de "record". Santiago se ha anotado, pues, un poroto que le honra y será recordado siempre como un verdadero éxito.

SI QUE ES RARO EJEMPLAR DE delincuente este Víctor Antía. Ha confesado, no con cinismo, sino con frescu-



ra, que agradece a la providencia el hecho de que la bala del señor Emborg, lo haya herido. Eso, agregó, lo imposibilita para seguir cometiendo robos y crímenes. Muchos había cometido y muchos pensaba seguir cometiendo. Y a la verdad que estaba un poco cansado... Además, Víctor Antía, no se "ensuciaba" las manos robando, el planeaba y su "socio" saqueaba. Luego, él, disparaba los tiros. Y tenía una inclinación morbosa *a* disparar tiros. Hubiera vivido en una perpetua noche de Año Nuevo... ¡Pobre Víctor Antía! Y cierto es que si la bala del dinamarqués no le alcanza, tal vez su figura hubiera llegado a ser una de esas, a la manera de Lupin o Rafles, — guardando las distancias... Y tal vez eso, sea lo que más amargue en su lecho de dolor, a este muchacho criminal, inteligente y "fresco" que es Víctor Antía, víctima del mal del gatillo...

SI HAY TRISTES CELEBRIDADES, triste celebridad, es la de Pando. Pando, sí, todos lo llaman Pando a secas, todos han olvidado su título de médico, que viene ha probar una vez más que el



título no hace al médico como el hábito no hace al monje. Este pobre señor, ni siquiera es un hombre de imaginación, que si tuviera un átomo — de eso que nosotros podemos regalar... — ya se hubiera escondido en el último rincón de la tierra, o hubiera reclamado una vitrina para él, en el Museo de La Plata, o hubiera muerto de miedo en esas noches de insomnio y alucinación, de los grandes arrepentidos. Porque sobre la conciencia de este pobre señor, no solo pesan esos cuatro meses de encierro, de tortura y vergüenza, de la señora María Poey y del señor Pereira, sino su enorme traspiés como hombre de ciencia, con canas ya, y tantos y tantos suicidios de gente joven, de gente débil que él arrastró a la muerte, con su "descubrimiento..." Pando, lamentable señor Pando: que el cianuro os sea leve...

SI SEÑOR ENBORG, USTED, ANTITESIS de Cleary, — otra triste celebridad — usted hombre bueno y sin enemigos — ha pasado a ser odiado — lo aseguramos por dos personas: el lamentable señor Pando y el vehemente doctor Facio. Porque, Pando y Facio, ya en el error, ya descubiertos, seguían en el error empecinados en tal forma, qu a la larga, María y Pereira hubieran sido condenados. Eso, quien sabe, pero...



Por lo pronto, la definitiva rehabilitación de sus nombres, era difícil. Por eso usted es un hombre providencial. No tanto — como creen algunos apasionados — para que se le levante a usted un monumento, Porque, su hazaña, de no haber mediado el crimen de Vicente López, de no haber sido Antía, el "angelito" que es — no hubiera sido hazaña. Cualquier otro señor, aunque no sea dinamarqués, dispara contra un delincuente, que ha pretendido asaltar su casa. Pero usted merece sin embargo, toda nuestra admiración. Usted, es un elegido, un hombre de puntería, llamado a dilucidar oscuros problemas. Usted merece ser repórter de CRITICA...

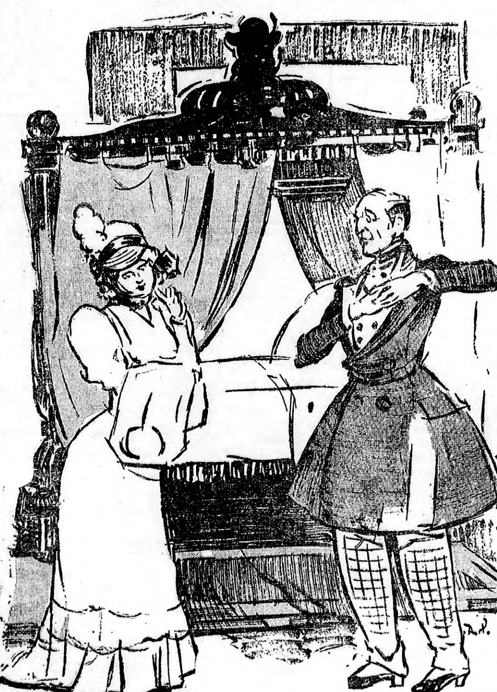
EL JUEZ DOCTOR FACIO, POR ULTIMO merece su respectivo comentario. Más, ¿qué podemos decir de él, que no sea abundar en opiniones ya conocidas



de todos? María Poey de Canelo, libre y rehabilitada, es la retractación viviente de su punto de vista en el sensacional proceso, y con eso basta...

LA ULTIMA LEVITA DE GEORGE MARIA BRUMMEL

Por: NICOLAS OLIVARI



A todo lo largo de su suntuoso lecho, George María Brummel, el príncipe de los pisaververdes, el dandy incomparable, el maravilloso elegante, agoniza.

El pertinaz catarro cogido una tarde en Picadilly Street se le ra complicado con una fluxión de pecho y afiebrado, agonizante, mira con ojos alucinados una gran mariposa de luz que garrapatea en la cretona de los muros.

El escuadrón de los petimetres se arremolina en la antecámara. Están esperando el último boletín médico de los doctores Whilkins y Scheltonh, para saber quién le sucederá en el trono de su incomparable fatuidad.

El rengo Lord Byron, primera mala pata poética del remo, tantea en los faldones de la olvidada levita de Jorge María la receta de sus corbatas. De aquellas corbatas de diez y siete metros de largo y que merecían el honor de decapitarse para no deshacer el dédalo anudado de su prestigio.

Israel Zaugwil anticipó ■ 80 años la publicación de los "Hijos del Ghetto" para abriles las páginas a Israel, Joseph y Elías, que merodean por la casa esperando la muerte del blando dandy para embargarle sus tabaqueras incrustadas con los besos más rojos de las orgullosas miladys de la corte.

Jorge María jadea en la alcoba. Es un líquido resumar de palabras que se von inoídas en la breve espuma blanca que se asoma a su boca, primer premio en el concursi internacional de dentífricos a la creta.

En el pozo de su fiebre rebotan sus palabras como chinitas arrojadas en el vacío. El círculo que dejan en el agua de su agonía son sus pases sin aliento, circulares como el apretón de la muerte que viene.

El príncipe de Gales no fué de caza como dice inoficiosamente Rubén Darío desde Santiago de Chile donde está corrigiendo las galeradas de "Azul". El príncipe de Gales cincha su vientre de heredero y de tonel en el haleco que le regalara Jorge María, como yapa a la partida de baccarat de anteayer que devoró todos sus regios castillos en Escocia.

Dan ganas de esperar la muerte de Jorge María vistiendo Rrq p shrdl uetaoin shrdlush "plaid" o inscribiéndose último en las regatas de Oxford versus Cambridge, donde nunca estuvo Sixto Pondal Ríos.

En los bailes de todas las embajadas, las desteñidas misses que quedan, están verdes como Irlanda antes de Bernard Shaw y rojas a veces, como sus canchas de tennis.

Eduardo Wallea las abanica tristemente, con la edición del 25 de diciembre del corriente año del "The Times".

La bruma amortaja la piedra muerta del Madison Square y un policeman anglicano detiene con su varita a Luis Angle Firpo en manifiesto estado de ebriedad.

Paquin y Words trasmiten a su clientela de Río de Janeiro los capítulos de la agonía de Jorge Brummel para que contengan con su retrato, la incontinencia de sus flujos blancos.

¡Cómo llueve en Street Palmerston, mientras Jorge María agoniza!

Brummel ha colocado su bello argullo como collentapies y se hiela majestuosamente como en la tapa de una novela de Martínez Zuviría.

Lord Byron, que ha encontrado la receta cocktelera de su corbata famosa, telegrafía vía Madeira, que abandona la campaña de Grecia.

Jorge María Brummel, calcinado por la fiebre, gira sus avellanados ojos en la órbita convulsa.

Quisiera escribir una carta de amor, un bello ensueño de pasión que lo inmortalizara, pero se conforma con el hurto de Lord Byron, a quien sorprende en una luna veneciana, atiborrando un bolsillo con dos libras de rapé francés, gentil obsequio del alcalde de Calais, en sus épocas mundanas.

De pronto una sombra blanca, abre la puerta de la antecámara, hace enmudecer el parloteo de los petimetres que esperaban suceder al dandy en su trono de fatuidad incomparable y penetra en la alcoba.

El terror corta en la garganta de Joreg María su última impertinencia.

¡Cómo llueve en Street Palmerston, mientras Jorge María agoniza! El Dandy se inquieta. Con tal que la lluvia no haya sorprendido sin paraguas a Héctor Pedro Blomberg!

La sombra preludia tres pasos cautelosos. ¡Tres pasos!, nada más.

Joreg María, rey de los elegantes, desencarna una sonriso camo quien desencarna una ciruela y amaga una cortesía.

No quiere recibir a la blanca Milady con ese absurdo camisón.

Jorge María se agita penosamente en el lecho.

Quiere morir de pie, recibiendo, como cuadra a un caballero, a la tumba visitante.

—Pronto, grita alucinado, incorporándose, mi mejor levita, mis barnizados escarpines, mi chaleco de gamuza, mis pantalones de nankin, "¡voila tout!"

Endosa las lamentables prendas que ondean en su cuerpo como el oriflama de su miseria física.

La sombra avanza. En sus brazos una prenda blanca, oblicua, es el preanuncio del entierro.

—¡No, la mortaja no,—ruge el incomparable elegante. — quiero morir de levita!

—Señor, dice la figura blanca, con plebeyo ceceo en la voz, señor, soy la planchadora...

... ...

A pesar del empeño del cuentista, noblemente sostenido hasta el fin, Jorge Marai Brummel no murió en la ocasión que relata.

Sus imparciales e inelegantes historiadores afirman que Jorge María murió en 1838, medio loco, recluído en un asilo por la caridad pública.

Pero el cuentista está seguro, y con él el linotipista que termina este cuento, que desde ese día de agonía, Jorge Jorge María Brummel, el incroyable maravilloso, el dandy supremo, el pisaverde sublime, no volvió a usar levita.

La Embriaguez Hace 4000 Años

L género humano ha sido siempre buen amigo del vino. La Biblia nos da a Noé como inventor del divino néctar. En las paredes de las tumbas egipcias se han descubierto muchas pinturas que no sólo representan a los hombres en las diferentes posiciones y actitudes desagradables a la par de ridículas y curiosas que suelen ser las consecuencias de una buena borrachera, sino también a "damas" que les ha gustado demasiado el vino. Con estos antecedentes podía dejar constancia el escritor V. Luedecke en un suelto que publica en la "Gaceta ilustrada de Leipzig", e intitulado "La viticultura durante cuatro mil años", de que el cronista antiguo Herodoto se ha equivocado gravemente al pretender que en Egipto no hubiera vides y que, por lo tanto, no pudieran fabricar vinos. No sabemos a ciencia cierta el rumbo que ha tomado la uva para llegar al valle del Nilo, pero podemos suponer que fué importada desde el Asia occidental. De todos modos los artistas de la primera dinastía egipcia, han reproducido en cuadros hasta los detalles mínimos de la vitivinicultura. Además, nos cuenta una de las inscripciones jeroglíficas más viejas, que el primer maestro de caza del rey Nofru del Egipto hizo plantar una viña grande en su hermoso parque. En todas partes aparece la figura del sarmiento, en sus monumentos más antiguos como asimismo en los textos de los papiros. Parece que el zumo fresco de la uva constituía la bebida predilecta de los antiguos egipcios. Curiosa es una inscripción paralela a los versos 4 a 2 del 40o. capítulo del primer libro de Moisés, la cual se halla en un templo de Edfú. Allí se presenta al rey, que tiene una copa de vino en la mano, y los jeroglíficos a su pie dicen así: "Oprimieron uvas en el agua y el rey bebe." Otra inscripción ordena: "Oprimirás uvas en el agua. Si están adentro, tu corazón se sentirá satisfecho". Los egipcios fueron los primeros que ensalzaron el efecto estimulante del vino; le dieron la denominación significativa de "jabón de las penas", porque lavaba toda aflicción. La "canción del arpista" en el túmulo del antiguo rey Entufe, de Tebas, contiene los versos: "Con cara sonriente celebra un día alegre y bebe y goza en él sin descansar ni perder un momento, pues nadie llevará consigo sus bienes, ni volverán los muertos".

BAÑOS Y.... BAÑOS — Por: ARTECHE



El municipal, gratis e inesperado, se ofrece a media noche, en las calles porteñas.

El íntimo, que por lo mismo, escapa a todo comentario.

Sales, colonia, el diario,—todo un cúmulo de conforts en la intimidad tibia del "Catli-room"

El casual, que casi siempre nos ensucia el taje nuevo.

El veraniego que, como en el dibujo, presenta al espectador un conjunto variado y pintoresco

Y el que interrumpe el paseo frente a los balcones de la amada.

El baño de esponja, muy conocido por los concurrentes a los "ring side"

Siluetas Cinematográficas: Ramón Novarro

Y Méjico, tierra inquieta y apasionada hubo de nacer Ramón Novarro, esteDonan Gray del siglo XX, que con su belleza y su talento, ha sabido conquistar uno de los lugares más prominentes de la vida moderna; el título de hombre más guapo del mundo y uno de los actores más solicitados por las empresas productoras.

Se ha proclamado a Ramón Novarro el ser un poco afeminado. Nos podemos convencer de todo lo contrario en la maravillosa producción "Dick, el guardiamarina", película cuya acción se desarrolla en la Escuela Naval de Armápolis, y en la cual podemos admirar a Ramón Novarro en un rol dificilísimo, enérgico y varonil. Dicha producción fué impresionada durante los numerosos descansos a que estaba obligado cuando se filmaba Ben-Huy, película dirigida por Freed Nhilo, terminada poco ha, y de la cual desempeña Novarro el papel principal.

Y pasemos a dar unos detalles biográficos y ... otros más pronto físic...

En realidad se llama Ramón Gil Samaniego. Rex Ingram fué quien escogió el apellido Novarro, como nombre de batalla para Ramón, por considerarlo más atrayente.

Es el primogénito de diez hijos de un dentista establecido en la pequeña ciudad de Durango (Méjico). Nació el día 6 de febrero de 1899 y cuenta, por lo tanto, 27 años.

Aunque destinado a ejercer la profesión paterna, había sentido desde su infancia una gran afición al teatro. Logró salirse con la suya, es decir, se marchó a los Estados Unidos, siendo muy joven, para abrirse un camino en este sentido.

Sin embargo, pasó muchos años en la oscuridad, en el transcurso de los cuales tuvo que subsistir gracias a su destreza en el baile, trabajando en el grupo de bailarines profesionales de Mr. Morgan.

Dicha destreza, fué, no obstante, la que le abrió las puertas del teatro, al cual se dedicó, hasta que, como a tantos otros, el cine le atrajo.

Fué candidato al papel principal de "Los jinetes de Apocalipsis", papel que no obtuvo debido a su extremada juventud.

Hizo al fin su debut en el cine en "El prisionero de Zenda", pasando más tarde a interpretar el primer rol de "Scaramouche". Ya desde entonces su carrera cinematográfica ha ido desarrollándose brillantemente, llegando a su consagración definitiva en "Dick, el guardia marina", película ya citada, en la cual creemos que Ramón se revela como primera figura del arte mudo, siendo un digno sucesor de Valentino en todos conceptos, y superándole en algunos.

...samos ahora a dar algunos detalles exactos: mide 5 pies, 10 pulgadas y pesa 70 kilos. Su pelo ...ísimo. Sus ojos castaño oscuro. Y paremos de contar.

... tiene, por lo menos no se le conoce, novia alguna. Aunque galante con las mujeres como ...ficaro, no ha habido hasta ahora ninguna que haya logrado ocupar un lugar importante en ...

...ego, le gusta mucho dedicarse a los deportes, y, además, es muy aficionado a leer.

Crónicas Vascas: Los Gabarreros de Urumea

De codos sobre la baranda del paseo, bañado en sol matinal, cuántas veces he contemplado el espectáculo humilde de los gabarreros del Urumea. Un espectáculo sin extensión espectacular. Como que se reducía sencillamente a la acción de estar echando unos hombres a sus gabarras planas la arena que recogían del lecho del río.

Sitio elegante. Un gran hotel a un lado, un kursaal y jardines y hermosos edificios en torno. El sitio acondicionado para las jubilosas fuestas del veraneo. Pero en las mañanas de sol y de brisa norteña, el lugar quedaba vacante, sólo frecuentado por algunos raros transeúntes. Así podían los hombres aquellos cumplir su función de trabajo ,como si estuviesen en la soledad bucólica de sus tierras del interior.

Metidos en el aguna hasta la cintura, los tenaces y prudentes trabajadores hudían sus grandes palas en el lecho del ría, las sacaban henchidas de arena goteante y las volcaban en las gabarras.

Con el ejercicio violento y forzudo, los torsos de los hombres adquirían una contorsión llena de una gracia hercúlea. ¡Magníficos ejemplares de humanidad! Bellos, grandes vigorosos, de elegantes actitudes de atleta en función de trabajo, en ellos no se advertía el dolor de la fatiga, sino el gesto normal del hombre que se siente superior en fuerzas a su propia tarea. Gabarreros del Urumea. Labradores de Amara, de Loyola ye de Ergovia, valiantes para el trabajo y prontos siempre a mostrarle a la vida un ademán victorioso.

Cuántas veces he seguido ensimismado el vaivén de sus brazos vigorosos y la operacin de urgir las grandes palas hechidas de arena goteante. La arena, esa representación de lo movedizo, de lo fugaz, que en el lenguape humano sirve para designar lo inútil o la nada. Pero los gabarreros sabían cuánta puede ser la utilidad de las mismas arenas que arrastra el río indiferente. Las llevaban al interior de sus tierras para que,mezcladas con la arcillaa, favoreciesen las labores y los cultivos. Las recogían avaros, llenaban con ella sias gabarras y, antes de que el mar arrojase el ímpetu perturbador de la marea, retrocedían contra la corriente hacia el interior, manejando lentos las largas pértigas fluviales. Con las pértigas esgrimidas como lanzas, los hombres aquellos parecían lanceros poderosos de un ejército que no existía.

¡Perdurable y siempre exacto mito de Penélope! El río y aquellos hombres dragadores de arena daban la auténtica representación de cuanto es verdadero en la vida. Arenas que arrastra el río; arenas que los hombres hacen retroceder. Corriente que huye al mar; aguas que vuelven al punto de partida. Y no hay más. Sólo existe verdaderamente ese ejercicio de hacer y deshacer que nos narra con su antiguo lenguaje poético el mito de Penélope.

Cuantas veces también, viendo a las planas gabarras, hechidas de arena, remontar la corriente del ría, se me h reproducido la emocionante nostalgia de las suaves navegaciones fluviales. El mar es tumultuoso y poderoso, gigantesco y múltiple en su belleza; la acción de navegar en pleno mar sugiere una idea toda ella convertida en entusiasmo.

Pero el río sugiere una idea de serenidad o de intimidad. El río es un brazo de mar que se ha perdido por el interior de las tierras y que acaba por convertirse a la religión de serenidad del paisaje. El mar se ha hecho campesino. Eso es el río. Navegar por él equivale a duplicar el valor de la nostalgia, puesto que el paisaje es por sí mismo ensueño y la corriente del río es atracción y voluntad de lo remoto, amor del mar.

Pacífico río Urumea, tan pequeño como gentil. Treinta kilómetros le bastan para bajar hasta el mar. Sin embargo, con toda su pequeñez era suficiente para darle a mi alma de niño todo el grandor de la sugericiones fluviales. El primer río que vieron mis ojos. El río, por tanto, bienamado. El único. El río que recibió la primera caricia de las miradas turbadas e interrogadoras del niño que pedía a la corriente una explicación a ese enigma del ir y deslizarse sin remedio hacia no se sabe dónde que es la vida.

Entonces no era como ahora es, tan ceñido en su desembocadura por malecones y barrios elegantes. Era más hirsuto y al natural, pero también bastante más bello. En sus playas solitarias aprendí a botar mis primeras embarcaciones, construídas a punta de cuchillo y con dos velas de papel para que navegaren hasta el inevitable naufragio. Y en sus arenales desiertos, que las mareas del equinoccio barrían en gruesas y embarulladas olas, el niño vagabundo, precoz para los monólogos de la soledad aprendió el arte a un mismo tiempo seductor y angustioso que enseña a dejar volar la fantasía mucho más lejos que la lejana línea del horizonte en donde el mar y el cielo se acaban por la mirada de los ojos. La otra mirada, la mirada de la fantasía, contemplaba más allá del horizonte las islas y los mundos presentidos. Mientras, las gaviotas volaban jugando por encima del desierto y luminoso arenal.

¡Ya, ya, gabarretos del Urumea, los hercúleos cargadores de arena goteante! ¡Ya, gabarreros, arriba, contra corriente, por el río adentro! Gabarretos que con las largas pértigas esgrimidas como lanzas parecen lanceros poderosos de un ejército que no existe.

IDEAS SUELTAS

Las convicciones firmes han costado demasiado esfuerzo para dejarlas de honrar con una manifestación clara y franca.

—Tener el valor de sostener sus ideas no es muy hacedero. Es una de las formas más elevadas y puras de la energía humana.

—Al valor moral de ostentar claramente convicciones una vez adquiridas, sabed unir la reserva en las cuestiones que no habéis examinado suficientemente.

—La lealtad a los principios consiste en avanzar audazmente cuando hay que exponerlos ; en no transigir jamás ni adquirir ningún compromiso ambiguo y ruín.

—La muchedumbre humana es rápida en afirmar lo que sólo conoce a medias. Las cosas que se desconocen son aún las que se proclaman con más suficiencia. Desconfiad de esa audacia. Los mismos hombres que son rápidos en afirmar lo que no saben son muchas veces cobardes y perezosos para honrar los hechos que les son conocidos.

Tienen miedo de comprometerse, reflexionan en los riesgos que hay que correr, y si entra en juego su propio interés, se meten la bandera en el bolsillo y apagan la luz para ocultarse. A esto se llama falta de valor cívico.

Ricardo Wagner.

SEMANA POLICIAL EMINENTE- menes. Muchos había cometido y mu- tor Pacio. Porque, Pando y Pacio, ya en

NAUFRAGIO

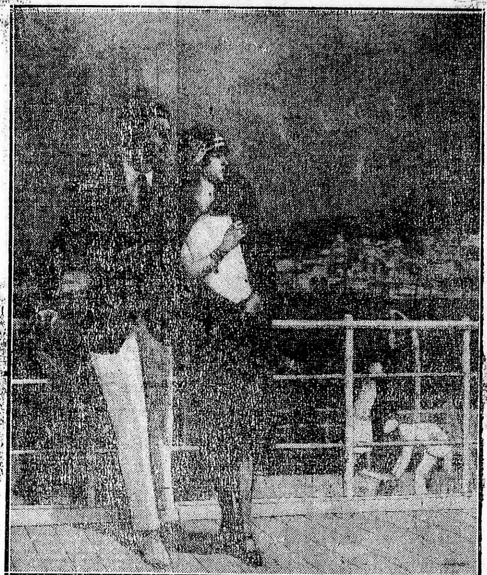
MIENTRAS el transatlántico se iba separando lentamente del muelle y el alarido de la sirena echaba sobre la multitud pulverizada lluvia, comentábase el repentino amor de la pareja que iban a despedir.

—¡Así sí vale la pena de quererse! —suspiraba una muchacha ojerosa.

—El verdadero amor sólo surge de raro en raro; lo demás son imitaciones —añadió un profesor calvo de cansada sonrisa.

Y bajo la toldilla un grupo formado por el busto hercúleo, contra el cual se apretaba la cabeza femenina envuelta en un velo que fingía flotante cabellera azul, respondía en silencio, afirmativamente, a los comentarios.

Ella era alta, de hermosura violenta, boca de gula y ojos donde los ensueños sugerían fuerzas corporales; él era bello, de fuerza multiplicada en los deportes y de voluntad irritada ante los obstáculos. Había en los dos una exuberancia fisiológica que los hizo tiranos de sus familias desde niños. Faltóles siempre el espacio y el tiempo; y un ansia indómita de ser protagonistas y de usurpar a los otros su parte de botín de la vida, envolviéles, a partir de los bancos de la escuela, en una atmósfera de admiración veteada de miedo. Al conocerse en el predestinado azar de un baile fueron el uno hacia el otro, rasgando la multitud, con la fuerza fatal de dos corrientes ávidas de unirse. La fiesta quedó un momento interrumpida. Una hora después se hablaban ya en el tono alternativamente sumiso e imperioso de la pasión. Y cuando las miradas empezaron a murmurar con parpadeos malignos, ellos los desafiaron con actitud seria la de los dos frente a todos los futuros obstáculos.



La batalla fué dura: más la oposición de las familias, al ver rotos de súbito sus lentos cálculos, estrellóse contra estas dos palabras inexorablemente sencillas: "Nos queremos". Y el dolor de un muchacho enteco, embriagado durante muchos meses por el efluvio de la beldad un poco gigantesca, y la pena de una pobre anémica fascinada años y años por la apolínea belleza de él, hubieron de borrarse, casi ruborosos de su insignificancia, ante la fuerza de aquel amor. Cuanto se puso entre ambos fué roto.

La boda hubo de ser decidida en pocos meses. El excepcional amor exigía abreviaciones excepcionales. Todos comprendieron que de aprisionarlos en la malla de las dilaciones, despedazarían sus hilos. Las dos familias doblegáronse por temor al escándalo; y, empero, la boda tuvo algo de escandaloso: la iglesia se llenó de gente, de cuchicheos, de curiosidad. La marcha de esponsales de Mendelshon parecía débil para celebrar tal unión. Ante el altar, a pesar de las luces y de la figura del sacerdote, la pareja, pujante de juventud, sugería una visión pagana.

Ahora, apoyados lánguidamente contra la barandilla, la visión, libre de místicas trabas, adquiría fuerza plena. Puesto que el bosque de los faunos y de las ninfas no los pudo acoger, el mar de las sirenas y de los tritones arrullaría su epitalamio... Poco a poco el buque se alejaba y los pasajeros retirábanse de la borda. Cual si las miradas fijas en tierra fueran cadenas invisibles, al disminuir creció la velocidad del navío. Cuando ya no se veía el destellar del faro y el buque sólo era entre el cielo y el mar leve mancha salpicada de luces, en la ciudad hablábase de ella todavía:

—¡Feliz la que logra ser querida así! —suspiraba la muchacha ojerosa.

Y el profesor, alzando de sus papelones la vista para fijarla en su compañera, que, al sentir el mirar, levantó la cabeza de la humilde labor de aguja y sonrió dulcemente, pensó otra vez:

—El verdadero amor sólo surge de tarde en tarde...; lo demás son imitaciones despreciables... Argucias del instinto en favor de la especie...

Durante ocho días la pareja constituyó para marinos y pasajeros un espectáculo donde el instinto ponía envidia y la inteligencia cólera. Medio tendidos en las sillas extensibles, pasaban el día cara al mar, envueltos por la misma manta, con las cabezas muy juntas, las manos y los ojos entrelazados, y una dejadez melosa y ardorosa en todos sus movimientos.

La noche anterior a la llegada al primer puerto, mientras en el salón hervían las risas de la fiesta, se jugaba y bebía en el bar, y subía del solado el rumor de los emigrantes, hecho de palabrotas ingenuas, de voces de niños y de cantos de acordeón y guitarra, la pareja feliz quedóse sola en el sitio de siempre. Fosforecía el mar y era dulce besarse en aquel oasis de silencio...

De pronto las cabezas se juntaron demasiado, hubo un crujido terrible, apagáronse todas las luces, y, tras un lapso de estupor, ayer, blasfemias y desorden empezaron a brotar de las entrañas del buque.

En menos de dos minutos desnudáronse las almas, y el egoísmo humano mostró su faz abominable. Los gritos imperativos de los oficiales naufragaban ya en el oleaje del pánico. Bajo la claridad estelar viéronse las corteses manos trocarse en garras y las sonrisas en rictus. Hachas frenéticas cortaron los sostenes de los botes prematuramente. En torno a cada valvavidas, a cada maderoriñóse un refriega; y antes de que el mar causase la primera víctima, ya que había sangre a bordo.

—¡Orden! ¡Calma...! ¡Cada uno a su puesto, que hay tiempo de salvarse!

El pavor de la muerte habíale obscurecido la inteligencia en completo. Sólo mucho después, cuando los remos, al castigar el agua impusieron a las almas un sosiego atónito, recordó que la catástrofe la había separado de alguien que, echándola a un lado, fué a disputar a golpes terribles la posesión de un salvavidas. Miró hacia atrás y vió al buque encabritarse en un impotente esfuerzo para escapar, y hundirse en seguida entre un torbellino de espumas. En derredor quedaron despojos, gemidos dominados por el fragor del oleaje, puntitos ya móviles, ya inertes, que eran esfuerzo angustioso y resignación al sucumbir. ¡Allí estaría él! Y, al pensarlo, la mano recogía la greca del vestido, para que no se mojara en el fondo del bote, y el ser íntimo se esponjaba en la cruel dulzura de ir proa hacia la vida, dejando el horror de la nada detrás.

Dos días después los periódicos fueron revelando y uniendo los episodios de la tragedia. Fuera de las mujeres y los niños, sólo un hombre que se arrojó al agua en el primer instante consiguió salvarse, gracias a su complexión hercúlea y a un cinturón de corchos.

Cuando se encontraron cara a cara, en las oficinas de la consignataria, ambos bajaron la cabeza y palidecieron. Ahora que se conocían bien, se saludaron casi como dos desconocidos. ¡Qué diferencia de aquel primer encuentro en el baile! Poco tiempo después, por divergencias fútiles, se separaron para siempre.

M. de Z.

GANESE UNA LIBRA ESTERLINA



Semanalmente nuestros fotógrafos recorrerán la ciudad, tomando instantáneas que aparecerán en esta página, con el rostro cubierto. Las personas que crean reconocerse, deben presentarse en ***CRITICA*** *y la primera que, efectivamente haya reconocido, recibirá una libra esterlina*

CRONICAS EUROPEAS: VICHI, LA MILAGROSA


UI a Vichy, no a curar ninguna incorrección hepática, sino a reposar unos días, lejos de los ruidos y sombras cotidianos. Bebí en todas las fuentes, recorrí todas las calles. La primera impresión que nos da la ciudad es de reposo, de pulcritud, de limpieza. Los franceses saben mejor que nadie "presentar" y cuidar sus ciudades. Diríase que toda Francia está edificada con vistas al turismo, en el cual entra una gran parte de los mismos franceses. En España se habla mucho del turismo, del fomento del turismo. Pero aquí los primeros que no viajan, los primeros que no conocen su país, son los españoles. En Madrid hay quien lleva veinte años empadronado y no conoce Madrid. No hablemos de Aranjuez, Toledo, Avila, Segovia, que innumerables vecinos de la villa y corte desconocen. En punto a turismo, lo primero que hay que fomentar en los españoles es el deseo, la necesidad de conocer España. Y con nuestra propia savia podrían vivir fructíferamente las industrias derivadas del turismo. Es más llegamos a más. Muchos españoles, que por fin logran sacudir su modorra estática, se van al extranjero, sin conocer ni la décima parte de nuestro territorio. Yo he conocido a muchos compatriotas que, en Vichy, me decían:

—He estado en Burdeos; de Vichy voy a París; de París, a Deauville y Trouville; de allí, a La Boule; luego iré a Biarritz, a Arcachón, a Cauterets, a Cambó...

—Y ¿dónde vive usted?

—En Madrid.

—¿Y qué conoce de España? ¿Ha estado usted en Santiago de Compostela, en La Coruña,. en Oviedo, en Gijón, en Santander?

zNo, no he tenido tiempo.

—¿Conoce usted Andalucía?

—Tampoco. Sólo he estado en San Sebastián...

Otros me decían:

—Pero ¿acaso en España en casi toda España, hay hoteles confortables, con agua corriente y cuarto de baño? ¿No ve usted que nada convida a viajar, ni siquiera las carreteras? El turismo, en España, es inabordable, y a veces ni con dinero se encuentra comodidad.

A esto yo no sabía qué responder. En el último pueblo de Francia encuentra el viajero comodidades, higiene. La industria hotelera cada día es más perfecta en la vecina república.

Pero volvamos a Vichy. En plena "season", cuando el Bey de Túnez recore a pie las calles, cuando el Casino disfruta de todo su esplendor, en su teatro, en la terraza y en la sala de juego existen alojamientos "abordables".

—Nunca — me dicen — llego nadie a Vichy sin encontrar dónde meterse, y con precios para todos los presupuestos.

Se oye hablar español casi tanto como francés. A quien menos esperamos ver de Madrid, de Valencia o de Barcelona le encontramos de pronto en el parque, en el Casino o en uno de los manantiales. ¡Y con qué fe se alzan los vasos humeantes para ingerir pausadamente, como paladeándola, el agua! La fe és tan esencial en todo, que hasta sin ella la ciencia fracasa. Cuando algunos se enteren de que yo, al azar, y sin previas consultas médicas, voy probando de todos los manantiales que encuentro, exclaman:

—Pues va a ocurrirle a usted algo grave. ¿No ha leído en la guía los peligros terribles que encierran estas aguas? Unas congestionan y son peligrosísimas para el cerebro; otras, para el corazón...

—¿Qué hacer, entonces?

—Consultad un médico.

Y como yo sonreía, mis consejeros se alejaban, como no queriendo ser testigos de una muerte inminente.

He bebido, pues, de todas las aguas y nada me ha ocurrido. Las aguas alcalinas, bicarbonatadas, sientan bien a todo el mundo, y he salido de Vichy sano y salvo, y lo que aún es más grato: con unos kilos menos de peso.

En el viejo parque junto al río Allier, los novios se dicen sus oraciones, mientras las aguas discurren mansamente y los aficionados a remar fortalecen sus músculos y sus pulmones.

¡El río Allier! ¡Lo que se puede hacer con un río modesto cuando se quiere! Se ensancharon sus cauces, se ahondó el fondo, se construyeron islitas, se instalaron escuelas de natación... Y todo obra del hombre. El río sólo dió su estrecha vena del precioso líquido. Pero los hijos de Vichy "fabricaron" un río casi navegable en un buen trecho.

¡Los crepúsculos del Allier entre el agua y una vegetación exuberante! ¡Los atardeceres en razón de Auvernia, una de las la Auvernia! Vichy está en el coregiones más bellas y más dulces de Francia.

¡Los manantiales de Vichy! Son incontables... Muchos de ellos están en el centro de la ciudad. ¡Como que la ciudad se construyó alrededor de las principales fuentes!

Por las noches, el Gran Casino no puede dar cabida a todos sus socios "provisionales".

Y en la sala de juego, el "bacarráá" se encarga de contrarrestar los efectos saludables de las aguas. Es lo que yo pienso:

—Estos señores que vienen a Vichy para curarse el hígado, y en el hotel comen como dicípulos de Pantagruel, y en el Casino pierden su dinero, ¿qué idea tendrán de la medicina, de la higiene y de la lógica?

Artemio Precioso

El Daltonismo


L primero que lo describió, con su propio caso, fué el químico inglés Dalton, en 1774. Pertenecía este químico a la secta de los cuáqueros, que siempre visten de gris. Un día Dalton se presentó ante la Asamblea de Amigos con el traje gris de costumbre, pero con las medias rojas. Fué tremenda la indignación de sus correligionarios. Escandalizados le apostrofaron duramente, y la indignación llegó al colmo cuando el acusado afirmó que no llevaba medias rojas. Según él, iba vestido como los demás, y ante su tenacidad y la negativa de su falta se pensó en expulsarlo de la Congregación.

Dalton, sinceramente, no sabía que se había puesto unas medias color escarlata. Para él eran grises. Cuando en la Universidad de Oxford recibió la toga roja del doctorado, Dalton pudo apreciar la honorífica distinción, mas no el color de la vestidura. Padecía ceguera del color rojo.

El rojo y el verde, los colores más frecuentemente inapreciados en el daltonismo, son los que más se usan en las señales ferroviarias y marítimas, y todos los empleados en estos servicios deben ser debida y escrupulosamente examinados antes de encomendarles estos cargos.

El daltonismo es, por lo general, un defecto de nacimiento, y se considera incurable. Pero también puede ser producido por un golpe, una sacudida o por el mismo uso del tabaco; algunas drogas causan un daltonismo temporal.



LA BOTELLA

Los maestros del humorismo norteamericano


N la mesa redonda del hotel S... se sentaba aquella noche frente a mí, un caballero grave, de una gravedad solemne y casi austera. Estaba el hombre medio ebrio; pero hacía todo lo posible por disimularlo. Cogió de la mesa una botella cerrada, la inclinó distraídamente algunos instantes sobre su vaso, luego la volvió a su sitio, y siguió comiendo. Pero después llevó el vaso a los labios y, naturalmente, lo encontró vacío. El amigo pareció sorprendido, y miró a hurtadillas, receloso, a una buena señora, ya vieja, que tenía a su lado, que tranquilamente departía con otra señora de su misma edad aproximadamente, la cual ocupaba el asiento contiguo. Luego movió la cabeza, como diciendo: "No, no es capaz de ello", y echó de nuevo con la botella cerrada, mirando entretanto a todos lados para descubrir si se fijaban en él.

Tomados unos bocados, llevó de nuevo el vaso a los labios, y, naturalmente, lo encontró vacío como antes. La mirada atravesada y acusadora que dirigió entonces a la señora anciana valía un tesoro; pero ella continuaba charlando, y de nada se percataba. El caballero grave movió entonces la cabeza con aire extremadamente cauteloso, y puso en salvo, a la izquierda de su plato, la botella y el vaso. Echóse por tercera vez el imaginario líquido, tomó un bocado y procedió a beber de nuevo. Como de costumbre, vaso vacío.

Fué aquello una sorpresa estupefaciente. El caballero se irguió en la silla e inspeccionó deliberadamente y con mucha tristeza a las dos señoras ancianas que tenía al lado. Separó entonces el plato, se puso bien frente al vaso, túvolo sujeto y sin soltarlo con la mano izquierda, y echó atentamente con la derecha. Esta vez cayó en la cuenta de que no salía el líquido. Volteó la botella con el cuello para abajo, pero no salió ni una gota. El desgraciado lanzó a sus vecinas una mirada febril, y murmuró entre dientes: "¡Todo se lo han tragado!" Luego dejó, resignado, la botella y engulló el resto de la comida, sin beber.

MARK TWAIN.

NEGOXCIO DE "ANTIQUITES"



POR J. XAUDARO

—El señor le entregó veinte duros, fiado en que recibiría un reloj antiquísimo, al que sólo faltaba el vidrio..., ¡y recibió esta caja de arena!

—Bueno, pero que le ponga el vidrio, y verá qué reloj de arena más cuco...

: : D O S

por JACOB



Ahora, todos me miran, me observan, sin duda para no olvidarme.
De pronto, el escribiente interroga:
—Profesor de violín, ¿no?
Ahora todos interrogan: Profesor de violín, ¿no?, y anotan lo mismo. Yo pienso: ya... ¡Profesor de violín! Gente estúpida que todavía cree en la división del trabajo.



HOSPICIO de las Mercedes. Dicen que me han traído aquí porque estoy loco. Esto es imposible. Pensar que yo he perdido la razón, siendo una cosa de orden metafísico, trascendental. No puedo ser. Además, he padecido hambre, sed, dormía mal, estudiaba mucho, quería mejorar a los hombres, tenía sentido del sacrificio, me redimía, amaba. No sé por qué, en una comisaría de la ciudad, me apalearon. En uno de sus calabozos se me encontró hablando de tonalidades, del origen de la especie, del super-hombre y cantando la Marsellesa. Me había desnudado: quería ser como los hijos del sol, resplandecer de sencillez, de inocencia, de santidad.

De mañana, vino mi padre; vino hasta el calabozo, acompañado de un policía. Mi padre ha envejecido. Está más canoso. Tiembla. Tiene los ojos azules, más azules y tristes.

—¡Cómo, hijo! ¿ayer te emborrachaste? Pobrecito, no es nada. ¿Para qué te desnudaste?— me pregunta con mucha ternura, con mucho miedo.

Yo no le digo nada. Entonces mi padre se echa a llorar.

El policía mira; tiene un aire seguro, tranquilo.

—Hijo, en la sala de espera, está tu madre.

Yo no le digo nada. Interiormente sonrío y reflexiono: ¡cómo! ¿no sabrá éste que soy el super-hombre? ¿No sabrá lo que todo el mundo; que tengo el cerebro de oro? Por eso me pegaron en la cabeza. No me la pudieron romper. ¡Y, cómo! ¿no sabe que soy el Mesías? ¿No recuerda la sesión teosófica que le di anoche? ¿No le habló Kligner, que es poeta y teósofo, de mi lenguaje de los dioses? ¡Cómo! ¿y se olvidó de las tres piezas que toqué en el violín para recordarle "quién era"? ¿No recuerda de mi "Kol Nidre", de mi "Air" de Bach y de la "Marcha Fúnebre" de Chopin? ¡Y cómo! no sabe que mi violín es de una antigua sinagoga de Jerusalén? ¿No sabe que soy el Anunciado? ¿No sabe que he escrito mi Tabla de valores?

—Vamos, hijo, vamos.

Fuimos a la sala, donde mi madre nos esperaba. El escribiente que toma nota de mi nombre, domicilio y profesión, lleva lentes. A su alrededor aparecen más policías, con su misma cara redonda, mofletuda; con sus mismos lentes, con su mismo libro, donde anotan los datos, con la misma lapicera.

Ahora todos me miran, me observan, sin duda para no olvidarme.

De pronto, el escribiente interroga:

—Profesor de violín, ¿no?

Ahora interrogan todos: "Profesor de violín, ¿no?", y anotan lo mismo. Yo pienso: ya. ¡Profesor de violín! Gente estúpida, todavía cree en la división del trabajo.

Al rato, salimos. Es un día de sol, caluroso, 23 de enero. La ciudad está silenciosa: sin duda la gente ya sabe que no me gusta el ruido.

—Vamos a tomar un auto, hijo.—dice mi madre.

—No, yo no voy, no, no — contesto.

Y aprieto a los dos contra mí, de un modo que los hace estremecer.

No quiero ir en automóvil después que he escrito mi Tabla de valores. El auto es un elemento de civilización. Yo no quiero debilitar mis pies; yo no quiero el progreso. Yo quiero la caverna del hombre primitivo; quiero a Eva; quiero la llanura; quiero el sol.

Después, les digo:

—Vamos a lo de Alberto, a mi casa de Alberto.

—Nosotros no la conocemos. ¿Adónde nos llevas?

La ciudad está cambiada, pero reconozco el camino. No sé cómo, me acuerdo de los pájaros. Los pájaros tienen sentido de orientación; aunque la ciudad ha cambiado tanto, me digo: Encontraré la casa de Alberto.

Camino y camino. En efecto, la ciudad ha cambiado. Hay otra luz en la ciudad, velada de un color de fuego transparente, de seda. Estoy, sin duda, en otro plano.

Mi padre, con sus ojos azules, y mi madre, que tiene la cara torcida por una alteración nerviosa, me siguen. Siguen un fantasma. Se detienen y me aconsejan:

—Volvamos a casa; a nuestra casa; no seas malo.

—No, casa de Alberto — contesto, y les obligo a seguir.

Veo el reloj de la joyería de Alberto. Veo la tabla negra del letrero, que me sugiere la idea de que los de la casa han muerto, que han desencarnado, que se han vestido con el traje de la eternidad. Precisamente, el padre de Alberto estuvo hablándome del "Ayer".

—Buscas tu Ayer — me dijo.

Como es pelirrojo y sanguíneo, se me ocurrió, de improviso, que tiene el color de los ladrillos que hacían los esclavos faraónicos. Vi en él algo de Triángulo. Me echo a llorar. Este hombre sabía mi angustia. Sabe que busco un sentido a la materia. Sabe que soy el Anunciado. Lo sabe todo. Es Salomón. Los dos nos hemos encontrado. Yo soy Moisés; he aquí que mis manos tienen el cayado del profeta. Con él voy a ahuyentar a los que pegan a mis judíos. Somos dos antiguos que se han encontrado. Ahora, creo que el viejo me cuenta una parábola. En verdad, al padre de Alberto le gusta hablar de parábolas y contar leyendas de la antigüedad.

Empieza a llover.

—Es fiesta — dice el padre de Alberto con un acento de nostalgia. Enérgico, imprevisto.

Llueve cielo, azul, oro, violeta. ¡Je! Estoy en Jerusalén. Ya estamos en Jerusalén. Salgo corriendo de la casa de Jaime Berg, padre de mi amigo Alberto. Debo anunciar algo: leer mi Tabla de valores. Soy el Anunciado. Voy a darle un abrazo a Kligner, el poeta teósofo que muchas veces me ha dicho que soy más anciano que él. Tenía razón. Soy el Mesías. Anunciaron que vendría después de la guerra.

He visto a Kligner en la redacción del "Yiddishe Zeitung". Me recibe en su gabinete de corrector de pruebas. Le hago "señas".

—¿Hablas el lenguaje de los dioses? — me pregunta.

Sigo haciéndole señas.

—¡Qué lástima que no tenga una flor para darte!

Sigo haciéndole señas.

—Bueno, ve, anda, si no quieres decir nada.

Entonces le hago un gesto significativo, como diciendo:

—Kligner, te espero mañana en las barricadas. Y golpeando el suelo furiosamente, salgo de la redacción.

Son las cinco de la tarde. La tarde es turbia. Ha refrescado.

Ahora voy a lo de Giacosa con un candado sobre la puerta. Ya debo de estar preso. La policía ya sabe que mañana estalla el caos. Me echo a reír y grito:

—¡Yo soy el anunciador de la tempestad!

En la calle hay poca gente. Se cierran las casas de comercio. Camino por la calle Corrientes, risueño, gozoso. Veo un judío de barba; usa patillas de patriarca, anteojos negros; viste de levita negra. Lo reconozco. Es el padre de un muchacho sionista. Se llama Stein.

—¡Ah!, si él supiera que yo soy el Mesías.

Ya lo he perdido de vista. Sigo caminando. En la trastienda de una sastrería hebrea están dos sastres que parecen ser los dueños, y Moicha, un conocido violinista de piezas típicas de casamiento. Los dos sastres son morenos, afeitados, gordos; usan anteojos de carey, son de mediana estatura, algo encorvados; Moicha, el violinista, es rubio, calvo, flaco, rasurado; lleva una vieja levita de un negro desteñido que tira a verde. Ninguno de los tres me conoce, pero yo sí los conozco; los he observado muchas veces. Están examinando un violín; me parece que Moisés también se dedica a revender violines. Me detengo y los miro. Después me acerco a ellos. Pido el violín. Me miran curiosos, asombrados. Pruebo el violín cual un consumado virtuoso, golpeando en la tapa y aplicando el oído por si se percibe la vibración simultánea de las cuatro cuerdas.

Dicen en yargón:

—Parece que entiende.

Me hago el ingenuo y les digo:

—Este es un instrumento hebraico.

—Sí, sí — dice uno.

Y otro en yargón:

—Sabe, sabe.

—Hoy es día de la raza, ¿no? —les pregunto.

Todos me miran azorados. De pronto pego un formidable puñetazo sobre el mostrador, gritando:

—¡Llegaremos!

Ellos tres gritan horrorizados:

—¡Está loco!

Salgo corriendo, lanzando carcajadas terribles, ásperas, sarcásticas. No saben que soy el Mesías. No me presienten. Todavía tienen miedo. Esperan. Sigo caminando. Ya he caminado un trecho enorme. Estoy cerca del barrio de Flores. Ahora me voy a leer mi Tabla de valores a Enriqueta Gómez, una grande alma solitaria. No sé quién la llamó Luisa Michel o la comparó con ella. Me parece que estoy enamorado de Enriqueta. Tengo que leerle mi Tabla. Se alegrará mucho. Hace tiempo que no la veo. Además, tengo que decirle que estoy enamorado de Carolina Mendoza. Ella debe de conocerla. Algo tengo que contarle. Carolina es una muchacha rara; le gusta enamorar a los hombres y después volverles la espalda, como hizo con mi amigo Berman. Posiblemente, si Berman no se hubiera enamorado, ella seguiría siendo su amiga. A mí me tiene miedo. No me tiene odio. No, a mí me ama. Tampoco. Conmigo le gusta hablar sobre pesimismo. Carolina es escéptica, amarga, pesimista. Carolina sabe más que el padre, un abogado que no ejerce, tolstoyano, que cree en la moral, no cree en Dios, es enemigo del Estado y ha publicado sobre moral veintidós tomos. La madre de Carolina es una mujer pequeña, flaca, neurótica. Habla de melancolías, de flores, de la provincia natal y es enemiga del matrimonio. Ahora vive sola con Carolina. Odia al marido. El, a su vez, también la odia. Todos ellos se odian. Me causan risa. Carolina tiene unos hermanos pelirrojos que la detestan. La llaman perversa. Son bolcheviques. Trabajan en una fábrica. Hablan mucho. Dicen cosas disparatadas. Son pelirrojos e impulsivos. Pero ya amo a Carolina. Voy a decírselo a Enriqueta Gómez, que me comprende. Pero también estoy enamorado de Sofía y compadezco a Emma. Amo a Sofía desde que hablé con ella en la Maternidad. Tiene ojos de ensueño. Me acordé de Schumann. Oí música. Consulté con ella sobre Carolina.

—Yo soy muy franca — me dijo. — Esa muchacha tiene más inteligencia que sensibilidad.

Siento que me vienen desmayos. Sofía me mira con sus ojos de ensueño. Estoy enamorado. Me muero. Oigo música de Schumann. Estamos enamorados. Entra Emma con su hermana que practica en la Maternidad. La hermana nos dice, sorprendida:

—¡Oh! ¿qué les ha pasado?

Sofía y yo estamos en silencio.

Me voy con Emma. Emma está triste; ama y no ama. No quiere casarse con un judío de Entre Ríos porque es ordinario, bruto, feo.

—Me consolaré con ser madre —va diciéndome Emma.

Emma es buena y fea; quiere estudiar medicina.

—La vida para mí no tiene objeto.

—Para mí, sí — le contesto.

¿Por qué — me pregunta.

—Porque dos y dos son cuatro.

Pasamos cerca de la Penitenciaría Nacional. Me parece que hago una seña. Con ella quiero decir: "Mañana, a primera hora, largüen los presos. Mañana Beethoven dirigirá en el estadio la Novena a coro". Emma me habla de Fanny. Fanny me quiere mucho. Es rubia, tiene ojos azules; dice que soy un tipo original. Fanny me ama, me adora, me comprende. Voy a decírselo a Enriqueta Gómez para asombrarla.

Un día me preguntó si alguna vez estuve enamorado. Una noche volví cansado de vagar y soñé que Enriqueta Gómez me daba un abrazo de alma, un abrazo inmanente, un abrazo de alma extraordinaria.

Ya estoy en la casa de Enriqueta Gómez. Sale una señora de luto. Me dice que Enriqueta Gómez no está. Me siento sobre un montón de ladrillos a esperarla. Yo venía a anunciarle que mañana estallaba la revolución: pero ella debe de estar preparándose, si es que no está en la cárcel. Pero necesito leerle mi Tabla de valores para que tenga ánimo en las barricadas.

Ya son las nueve de la noche. El cielo es claro; las estrellas brillan. En todas partes levantan barricadas. Una alegría cósmica inunda. El ambiente está perfumado. De pronto, unos niños se acercan, y me tiran piedras. Me echo a caminar. Sólo encuentro mujeres de ojos negros, ojos tristes de horror. De fijo que es la hora. En este momento anoto no sé qué impresión en mi tabla. Me encuentro con unas mujeres hermosas, divinas.

—¡Oh, un poeta! — exclaman y se acercan para observarme. Miro el cielo. El cielo está cada vez más azul, más alto, más lejano. Camino y camino.

Estoy cerca de Palermo. Es verdad que soy Beethoven y tengo que dirigir la Novena Sinfonía. Ya los músicos están reunidos. Visten de negro. Visten de negro, porque saben que es el color que más me gusta. Hay un gentío enorme. Ruido, mucho ruido. Los fulmino a todos con una mirada amenazadora, lanzando rayos, anatemas. No saben que soy Beethoven. Los músicos están preparados. Empiezo a dirigir a distancia. Ahora todos escuchan en un silencio religioso. Algo trágico, milagroso, presienten. Después de la Novena, pienso, sólo falta consumar la gran obra: la Revolución Social. Yo soy Beethoven; "Ayer" usaba trapo rojo; hoy soy el mismo. Soy el Cristo Rojo. Por fin termina la sinfonía. La multitud estalla en aplausos, delira. Se oye un trueno. La gente escapa. Alguien grita:

—¡Es dinamita!

Hay un desbande. Alguien me ha tirado una flor roja. Ese alguien me ha reconocido.

—Es la hora—pienso.—Yo soy el Cristo Rojo.

Los rayos se desdoblan en el espacio. Ya no hay estrellas. Ya no hay gente. Llueve.

Me vuelvo a mi casa. El portón negro del palacio en que vivo se abre empujado por una mano misteriosa. Ah, sí, ya sé, es Chernichevski, el espíritu del jefe de los nihilistas, que me abre la puerta. Entro a mi casa. Todos duermen. Duermen en el suelo; se explica, hace calor, mucho calor. De pronto, me detengo a contemplar a mi hermanita Fédora. Todo su cuerpo es blanco, de mármol de diamante. Veo sus envolturas astrales. ¡Dios mío, la inmortalidad del alma es un hecho! Ahora, por fin, siento la alegría de vivir. No se muere nunca. Se "es" eternamente. Bienaventurados todos nosotros. Aleluya. La vida tiene sentido; la muerte tiene sentido; todo tiene sentido. Pienso que todos los cuerpos de mi casa contienen espíritus antiguos, superiores. Evohé, toda Grecia está en mi casa.

Este cuento de Ja
tenece a un volumen,
te aparecerá en París.
francesa se va en estos
chacho culto y tortura
bohemio, que recogió
un libro de poemas a
r Rojo". Fijman nos
ciones, desde el "Quar
viaje

Tengo sed. Es verdad que hace varios días que he decidido no comer, porque eso de comer es cosa de bestias. No hay que ser bestia. Hay que ser un dios, algo más y siempre más.

La canilla de la pileta resplandece. Me digo: "Es de oro". Ahora todo es de oro. Se explica; yo, el super-hombre, encontré la piedra filosofal. La piedra filosofal la descubrí en el sonido. Soy el alquimista de los sonidos. Ahora todo es de oro puro. Todo se ha purificado. Todo brilla. Ha llegado la hora del alba eterna, del alba esperada. Homero ha vuelto a reencarnarse para mi fiesta. Pues bien, bebo. Bebo agua. Son las últimas gotas de agua que beberé, nada más que para limpiar mis órganos de oro, los órganos eternos; los órganos que no saben del bien, ni del mal, ni de la virtud, ni del pecado; los órganos del Integral, del Super-hombre.

Entro en la cocina. Está clara, limpia. La lamparilla eléctrica es de color rojo y amarillo. Debo de ser una comunicación de Moscú. Recibo noticias secretas que contesto.

La luz recta de un reflector, con un aliento monstruoso, enfoca la ciudad. Recuerdo a mi Jerusalén. Estoy percibiendo aromas, incienso. Mi cuerpo exhala, poro tras poro, aromas distintos y penetrantes. Estoy en la gloria. Desde el fondo de mi ser me brotan aleluyas. Mi ánimo se resuelve en misticismo. No me entiendo. Tengo la certeza del otro espacio, del otro. El alma existe. Dios existe. Yo existo. Nada muere.

Un instante después me limpio la boca con una papa. Mis dientes están blancos, blancos muy

Crítica

: : DOS DIAS : :

por JACOBO FIJMAN



Ahora, todos me miran, me observan, sin duda para no olvidarme.

De pronto, el escribiente interroga:

—Profesor de violín, ¿no?

Ahora todos interrogan: Profesor de violín, ¿no?, y anotan lo mismo. Yo pienso: ya... ¡Profesor de violín! Gente estúpida que todavía cree en la división del trabajo.

—Israel ¿quieres comer con nosotros?

—No. Yo no bajo. ¡Yo subo! ¡Vivan las alturas!

—Mira, Berg. Nuestros hijos, ya no son judíos; no nos sabrán rezar el "Kadisch", le oigo decir.

—¡Cómo! No dijiste tú que cuando murieras te levantarías de tu sepulcro para rezarte tú mismo el dicho "Kadisch"?

Este cuento de Jacobo Fijman, pertenece a un volumen, que, próximamente aparecerá en París. Hacia la capital francesa se va en estos días Fijman, muchacho culto y torturado, incorregible bohemio, que recogió sus emociones en un libro de poemas admirables: "Molino Rojo". Fijman nos enviará colaboraciones, desde el "Quartier Latin". Buen viaje.

HOSPICIO de las Mercedes. Dicen que me han traído aquí porque estoy loco. Esto es imposible. Pensar que yo he perdido la razón, siendo una cosa de orden metafísico, trascendental. No puede ser. Además, he padecido hambre, sed, dormía mal, estudiaba mucho, quería mejorar a los hombres tenía sentido del sacrificio, me redimía, amaba. No sé por qué, en una comisaría de la ciudad, me apalearon. En uno de sus calabozos se me encontró hablando de tonalidades, del origen de la especie, del super-hombre y cantando la Marsellesa. Me había desnudado: quería ser como los hijos del sol, resplandecer de sencillez, de inocencia, de santidad.

De mañana, vino mi padre; vino hasta el calabozo, acompañado de un policía. Mi padre ha envejecido. Está más canoso. Tiembla. Tiene los ojos azules, más azules y tristes.

—¡Cómo, hijo! ¿ayer te emborrachaste? Pobrecito, no es nada. ¿Para qué te desnudaste? —me pregunta con mucha ternura, con mucho miedo.

Yo no le digo nada. Entonces mi padre se echa a llorar.

El policía mira; tiene un aire seguro, tranquilo.

—Hijo, en la sala de espera, está tu madre.

Yo no le digo nada. Interiormente sonrío y reflexiono; ¡cómo! ¿no sabrá éste que soy el super-hombre? ¿No sabrá lo que todo el mundo: que tengo el cerebro de oro? Por eso me pegaron en la cabeza. No me la pudieron romper. ¡Y, cómo! ¿no sabe que soy el Mesías? ¿No recuerda la sesión teosófica que le di anoche? ¿No le habló Kligner, que es poeta y teósofo, de mi lenguaje de los dioses? ¡Cómo! ¿y se olvidó de las tres piezas que toqué en el violín para recordarle "quién era"? ¿No recuerda de mi "Kol Nidre", de mi "Aire" de Bach y de la "Marcha Fúnebre" de Chopin? ¡Y cómo! ¿no sabe que mi violín es de una antigua sinagoga de Jerusalén? ¿No sabe que soy el Anunciado? ¿No sabe que he escrito mi Tabla de valores?

—Vamos, hijo, vamos.

Fuimos a la sala, donde mi madre nos esperaba. El escribiente que toma nota de mi nombre, domicilio y profesión, lleva lentes. A su alrededor aparecen más policías, con su misma cara redonda, mofletuda; con sus mismos lentes, con su mismo libro, donde anotan los datos, con la misma lapicera.

Ahora todos me miran, me observan, sin duda para no olvidarme.

De pronto, el escribiente interroga:

—Profesor de violín, ¿no?

Ahora interrogan todos: "Profesor de violín, ¿no?", y anotan lo mismo. Yo pienso: ya... ¡Profesor de violín! Gente estúpida, todavía cree en la división del trabajo.

Al rato, salimos. Es un día de sol, caluroso, 23 de enero. La ciudad está silenciosa; sin duda la gente ya sabe que no me gusta el ruido.

—Vamos a tomar un auto, hijo —dice mi madre.

—No, yo no voy, no, no —contesto.

Y aprieto a los dos contra mí, de un modo que les hace estremecer.

No quiero ir en automóvil después que he escrito mi Tabla de valores. El auto es un elemento de civilización. Yo no quiero debilitar mis pies; yo no quiero el progreso. Yo quiero la caverna del hombre primitivo; quiero a Eva; quiero la llanura; quiero el sol.

Después, les digo:

—Vamos a lo de Alberto, a mi casa de Alberto.

—Nosotros no la conocemos. ¿Adónde nos llevas?

La ciudad está cambiada, pero reconozco el camino. No sé cómo, me acuerdo de los pájaros. Los pájaros tienen sentido de orientación; aunque la ciudad ha cambiado tanto, me digo: Encontraré la casa de Alberto.

Camino y camino. En efecto, la ciudad ha cambiado. Hay otra luz en la ciudad, velada de un color de fuego transparente, de seda. Estoy, sin duda, en otro plano.

Mi padre, con sus ojos azules, y mi madre, que tiene la cara torcida por una alteración nerviosa, me siguen. Siguen un fantasma. Se detienen y me acorralan:

—Volvamos a casa; a nuestra casa; no seas malo.

—No, casa de Alberto —contesto, y les obligo a seguir.

Veo el reloj de la joyería de Alberto. Veo la tabla negra del letrero, que me sugiere la idea de que los de la casa han muerto, que han desencarnado, que se han vestido con el traje de la eternidad. Precisamente, el padre de Alberto estuvo hablándome del "Ayer".

—[illegible] tu Ayer —me dijo.

Como es pelirrojo y sanguíneo, se me ocurrió, de improviso, que tiene el color de los ladrillos que hacían los esclavos faraónicos. Vi en él algo de Triángulo. Me eché a llorar. Este hombre sabía mi angustia. Sabe que llevo un ensueño a la muerte. Sabe que soy el Anunciado. Lo sabe todo. Es Salomón. Los dos nos hemos encontrado. Yo soy Moisés; he aquí que mis manos tienen el cayado del profeta. Con él voy a [illegible] a los que pegan a mis judíos. Somos dos [illegible] que se han encontrado. Ahora, creo que el viejo me cuenta una parábola. En verdad, al padre de Alberto le gusta hablar de parábolas y contar leyendas de la antigüedad.

Empieza a llover.

—Es fiesta —dice el padre de Alberto con un acento de nostalgia. Enigmático, imprevisto.

Llueve oro, azul, oro, violeta. ¡Sí! Estoy en Jerusalén. Ya estamos en Jerusalén. Salgo corriendo de la casa de Jaime Berg, padre de mi amigo Alberto. Debo anunciar algo: leer mi Tabla de valores. Soy el Anunciado. Voy a darle un abrazo a Kligner, el poeta teósofo que muchas veces me ha dicho que soy más anciano que él. Tenía razón. Soy el Mesías Anunciado que vendría después de la guerra.

He visto a Kligner en la redacción del "[illegible] Zeitung". Me [illegible] en su gabinete de corrector de pruebas. Le hago "señas".

—¿Hablas el lenguaje de los dioses? —me pregunta.

Sigo haciéndole señas.

—¡Qué lástima que no tenga una flor para darte!

Sigo haciéndole señas.

—Bueno, ve, anda, si no quieres decir nada.

Entonces le hago un gesto significativo, como diciendo:

—Kligner, te espero mañana en las barricadas. Y golpeando el suelo furiosamente, salgo de la redacción.

Son las cinco de la tarde. La tarde es turbia. Ha refrescado.

Ahora voy a lo de Giacosa con un candado sobre la puerta. Ya debo de estar preso. La policía ya sabe que mañana estalla el caos. Me echo a reír y grito:

—¡Yo soy el anunciador de la tempestad!

En la calle hay poca gente. Se cierran las casas de comercio. Camino por la calle Corrientes, risueño, gozoso. Veo un judío de barba; usa patillas de patriarca, anteojos negros; viste de levita negra. Lo reconozco. Es el padre de un muchacho sionista. Se llama Stein.

—¡Ah!, si él supiera que yo soy el Mesías.

Ya lo he perdido de vista. Sigo caminando. En la trastienda de una sastrería hebrea están dos sastres que parecen ser los dueños, y Moisés, un conocido violinista de piezas típicas de casamiento. Los dos sastres son morenos, afeitados, gordos; usan anteojos de carey, son de mediana estatura, algo encorvados; Moisés, el violinista, es rubio, calvo, flaco, rasurado; lleva una vieja levita de un negro desteñido que tira a verde. Ninguno de los tres me conoce, pero yo sí los conozco; los he observado muchas veces. Están examinando un violín; me parece que Moisés también se dedica a revender violines. Me detengo y los miro. Después me acerco a ellos. Pido el violín. Me miran curiosos, asombrados. Pruebo el violín cual un consumado luterista, golpeando en la tapa y aplicando el oído por si se percibe la vibración simultánea de las cuatro cuerdas.

Dicen en yargón:

—Parece que entiende.

Me hago el ingenuo y les digo:

—Este es un instrumento hebraico.

—Sí, sí —dice uno.

Y otro en yargón:

—Sabe, sabe.

—Hoy es día de la raza, ¿no? —les pregunto.

Todos me miran azorados. De pronto pego un formidable puñetazo sobre el mostrador, gritando:

—¡Llegaremos!

Ellos tres gritan horrorizados:

—¡Está loco!

Salgo corriendo, lanzando carcajadas terribles, ásperas, sarcásticas. No saben que soy el Mesías. No me presienten. Todavía tienen miedo. Esperan. Sigo caminando. Ya he caminado un trecho enorme. Estoy cerca del barrio de Flores. Ahora me voy a leer mi Tabla de valores a Enriqueta Gómez, una grande alma solitaria. No sé quién la llamó Luisa Michel o la comparó con ella. Me parece que estoy enamorado de Enriqueta. Tengo que leerle mi Tabla. Se alegrará mucho. Hace tiempo que no la veo. Además, tengo que decirle que estoy enamorado de Carolina Mendoza. Ella debe de conocerla. Algo tengo que contarle. Carolina es una muchacha rara; le gusta enamorar a los hombres y después volverles la espalda, como hizo con mi amigo Berman. Posiblemente, si Berman no se hubiera enamorado, ella seguiría siendo su amiga. A mí me tiene miedo. No me tiene odio. No, a mí me ama. Tampoco. Conmigo le gusta hablar sobre pesimismo. Carolina es escéptica, empero, pesimista. Carolina sabe más que el padre, un abogado que no ejerce, tolstoyano, que cree en la moral, no cree en Dios, es enemigo del Estado y ha publicado sobre moral veintidós tomos. La madre de Carolina es una mujer pequeña, flaca, neurótica. Habla de melancolías, de flores, de la provincia natal y es enemiga del matrimonio. Ahora vive sola con Carolina. Odia al marido. El, a su vez, también la odia. Todos ellos se odian. Me causan risa. Carolina tiene unos hermanos pelirrojos que la detestan. La llaman perversa. Son bolcheviques. Trabajan en una fábrica. Hablan mucho. Dicen cosas disparatadas. Son pelirrojos e impulsivos. Pero ya amo a Carolina. Voy a decírselo a Enriqueta Gómez, que me comprende. Pero también estoy enamorado de Sofía y compadezco a Emma. Amo a Sofía desde que hablé con ella en la Maternidad. Tiene ojos de ensueño. Me acordé de Schumann. Oí música. Consulté con ella sobre Carolina.

—Yo soy muy franca —me dijo. —Esa muchacha tiene más inteligencia que sensibilidad.

Siento que me vienen desmayos. Sofía me mira con sus ojos de ensueño. Estoy enamorado. Me muero. Oigo música de Schumann. Estamos enamorados. Entra Emma con su hermana que practica en la Maternidad. La hermana nos dice, sorprendida:

—¡Oh! ¿qué les ha pasado?

Sofía y yo estamos en silencio.

Me voy con Emma. Emma está triste; ama y no ama. No quiere casarse con un judío de Entre Ríos porque es ordinario, bruto, feo.

—Me consolaré con ser madre —va diciéndome Emma.

Emma es buena y fea; quiere estudiar medicina.

—La vida para mí no tiene objeto.

—Para mí, sí —le contesto.

¿Por qué —me pregunta.

—Porque dos y dos son cuatro.

Pasamos cerca de la Penitenciaría Nacional. Me parece que hago una seña. Con ella quiero decir: "Mañana, a primera hora, larguen los presos. Mañana Beethoven dirigirá en el estadio la Novena a coro". Emma me habla de Fanny. Fanny me quiere mucho. Es rubia, tiene ojos azules; dice que soy un tipo original. Fanny me ama, me adora, me comprende. Voy a decírselo a Enriqueta Gómez para asombrarla.

Un día me preguntó si alguna vez estuvo enamorado. Una noche volví cansado de vagar y soñé que Enriqueta Gómez me daba un abrazo de alma, un abrazo inmanente, un abrazo de alma extraordinario.

Ya estoy en la casa de Enriqueta Gómez. Sale una señora de luto. Me dice que Enriqueta Gómez no está. Me siento sobre un montón de ladrillos a esperarla. Yo venía a anunciarle que mañana estallaba la revolución: pero ella debe de estar preparándose, si es que no está en la cárcel. Pero necesito leerle mi Tabla de valores para que tenga ánimo en las barricadas.

Ya son las nueve de la noche. El cielo es claro; las estrellas brillan. En todas partes levantan barricadas. Una alegría cósmica inunda. El ambiente está perfumado. De pronto, unos niños se acercan, y me tiran piedras. Me echo a caminar. Sólo encuentro mujeres de ojos negros, ojos tristes de horror. De fijo que es la hora. En este momento anoto no sé qué impresión en mi tabla. Me encuentro con unas mujeres hermosas, divinas.

—¡Oh, un poeta! —exclaman y se acercan para observarme. Miro el cielo. El cielo está cada vez más azul, más alto, más lejano. Camino y camino.

Estoy cerca de Palermo. Es verdad que soy Beethoven y tengo que dirigir la Novena Sinfonía. Ya los músicos están reunidos. Visten de negro. Visten de negro, porque saben que es el color que más me gusta. Hay un gentío enorme. Ruido, mucho ruido. Los fulmino a todos con una mirada amenazadora, lanzando rayos, anatemas. No saben que soy Beethoven. Los músicos están preparados. Empiezo a dirigir a distancia. Ahora todos escuchan en un silencio religioso. Algo trágico, milagroso, presienten. Después de la Novena, pienso, sólo falta consumar la gran obra: la Revolución Social. Yo soy Beethoven; "Ayer" usaba trapo rojo; hoy soy el mismo. Soy el Cristo Rojo. Por fin termina la sinfonía. La multitud estalla en aplausos, delira. Se oye un trueno. La gente escapa. Alguien grita:

—¡Es dinamita!

Hay un desbande. Alguien me ha tirado una flor roja. Ese alguien me ha reconocido.

—Es la hora —pienso.— Yo soy el Cristo Rojo.

Los rayos se desdoblan en el espacio. Ya no hay estrellas. Ya no hay gente. Llueve.

Me vuelvo a mi casa. El portón negro del palacio en que vivo se abre empujado por una mano misteriosa. Ah, sí, ya sé, es Chernichevski, el espíritu del jefe de los nihilistas, que me abre la puerta. Entro a mi casa. Todos duermen. Duermen en el suelo; se explica, hace calor, mucho calor. De pronto, me detengo a contemplar a mi hermanita Fedora. Todo su cuerpo es blanco, de mármol de diamante. Veo sus envolturas astrales. ¡Dios mío, la inmortalidad del alma es un hecho! Ahora, por fin, siento la alegría de vivir. No se muere nunca. Se "es" eternamente. Bienaventurados todos nosotros. Aleluya. La vida tiene sentido; la muerte tiene sentido; todo tiene sentido. Pienso que todos los cuerpos de mi casa contienen espíritus antiguos, superiores. Erobé, toda Grecia está en mi casa.

Tengo sed. Es verdad que hace varios días que he decidido no comer, porque eso de comer es cosa de bestias. No hay que ser bestia. Hay que ser un dios, algo más y siempre más.

La cumbre de la [illegible] resplandece. Me digo: "Es de oro". Ahora todo es de oro. Se explica; yo, el super-hombre, encontré la piedra filosofal. La piedra filosofal la descubrí en el sonido. Soy el alquimista de los sonidos. Ahora todo es de oro puro. Todo se ha purificado. Todo brilla. Ha llegado la hora del alba eterna, del alba esperada. Homero ha vuelto a reencarnarse para mi fiesta. Pues bien, bebo. Bebo agua. Son las últimas gotas de agua que beberé, nada más que para limpiar mis órganos de oro, los órganos eternos; los órganos que no saben del bien, ni del mal, ni de la virtud, ni del pecado; los órganos del Integral, del Super-hombre.

Entro en la cocina. Está clara, limpia. La lamparilla eléctrica es de color rojo y amarillo. Debo de ser una comunicación de Moscú. Recibo noticias secretas que contesto.

La luz recta de un reflector, con un aliento monstruoso, enfoca la ciudad. Recuerdo a mi Jerusalén. Estoy percibiendo aromas, incienso. Mi cuerpo exhala, poro tras poro, aromas distintos y penetrantes. Estoy en la gloria. Desde el fondo de mi ser me brotan aleluyas. Mi ánimo se resuelve en misticismo. No me entiendo. Tengo la certeza del otro espacio, del otro. El alma existe. Dios existe. Yo existo. Nada muere.

Un instante después me limpio la boca con una papa. Mis dientes están blancos, blancos muy blancos. ¿Qué más quiero? Sólo habría que comer papas. Mi amigo Berman estuvo un tiempo comiendo papas y dedicándose seriamente a reflexionar.

Soy feliz. La felicidad es mía. Tengo paz, seda, dulzura en mi sangre. Ya no soy pesimista.

En eso entra mi madre.

—¿Qué haces? —interroga.

—Mire, mire: ¡qué limpia tengo la boca!

—Es cierto. —Y luego agrega: —¿Dónde has comido?

Yo por toda respuesta sonrío; sonrío misteriosamente. No, no; desde luego mi madre no sabe quién soy yo. Lo que me asombra en ella es su lenguaje de compasión y dulzura para conmigo:

—Bueno, vete a dormir —me ordena.

—Después.

Ella se va meneando la cabeza, pensativamente. Todo está en silencio. Me deslizo como una sombra y salgo. Tampoco dormiré más. Ni comer ni dormir, nada de las dos porquerías.

Estoy en la calle. Camino. Recuerdo que debo estar en mi "soviet". Mi "soviet" está compuesto por Pardo, Berman y Soria. Los tres ilustrados. Los tres son revolucionarios. Los tres son pesimistas. ¿Cuál de los tres es más pesimista? Pardo, porque ama el color gris y tiene ojos tristes; pero cree en el amor. Berman no cree en nada, pero tiene pasiones con alternativas que dan miedo. Soria está casado. El pesimista soy yo. No; el pesimista es Enrique Pitzberg, un muchacho medio feo, con algunos dientes de menos y atacado del mal metafísico. No cree en nada; todo está mal; todo es inútil; los hombres son perversos; las mujeres son idiotas. El universo está mal construido. Tales de Mileto se equivocó en su teorema sobre la construcción del mundo. Todo es imperfecto. La perfección es inútil, porque Kant, porque Fichte; porque Descartes; pero Bacon, pero Sócrates, pero...

No, este tampoco es pesimista. Y, aunque lo fuera, no le entiendo. Pesimista es Tartessi. Tartessi es un muchacho que se le ha dado por usar barba. Es un temperamento apasionado, latino; y es neurótico. Lo es su madre, su hermano el violoncelista y sus hermanitas. El está en pleno pesimismo. Lee a Leopardi, al Eclesiastés; pero estudia el yargón, porque se ha enamorado de una violinista judía. Ahora ya no está enamorado. Quiere irse a Norte América, a Italia o al campo. No, tampoco Tartessi es pesimista. Pesimista es un ex-fraile amigo mío, un tipo erudito, vagabundo. Lee mucho; y come donde puede. ¿Dónde estará? Debe de estar también preso, porque dijo el otro día a voces:

—Moscú es la capital del mundo.

—Montenegro —le dije—, cuando llegue la hora, habrá que matar, matar a muchos, sin miedo, sin piedad.

—¿Matar? Yo no sé matar —me contestó.

—El que no mata en la hora de la revolución, la hace fracasar.

—Yo sólo aspiro a ser comisario de instrucción pública.

He notado que casi todos los eruditos aspiran a lo mismo. Se creen que porque saben latín y griego deben regir los destinos de la cultura. ¡Qué bestias! Son los que dicen: "Hemos llegado demasiado tarde", y quieren volver a la Edad Media o al Renacimiento. Son unas bestias. No tienen sentido histórico. No sirven ni para esta época ni para los tiempos de Maricastaña. Ah; pero Montenegro lee a Stirner y a Nietzsche. Es un tipo disolvente. Ha sido fraile y, desde luego, es un peligro para la revolución. El hábito de la hipocresía, de la simulación, no se saca así nomás; queda, está prendido de cada nervio, de cada arteria, de cada mano. Montenegro es una bestia. ¿Para qué usará esa capa y esa barba que lo hace semejante a Stendhal? Por economía. Por taparse la mugre: la capa; y la barba, efectivamente, por vanidad. Pero Montenegro entiende mucho de pintura. Es uno de esos tipos que hablan mucho de estética en los cafés y que tan bien han pintado los Goncourt. (Los Goncourt no hablarían mucho, pero escribieron mucho, demasiado). Ah; pero el pobre Montenegro también busca algo. Es un atormentado. Tengo que iniciarlo en teosofía y estará salvado. ¿Pero dónde está Montenegro? Y Kerchman, el pobre vagabundo judío, sin hogar, sin amigo, sin nada? Dicen que tiene talento. Su cabeza es blanca; sus ojos dulces y la cara rosada. En verdad, es inteligente. Kerchman es un pesimista, un doloroso, un atormentado. El es el único que no cree en la revolución ni en los revolucionarios. Los odia, los desprecia, los compadece. Kerchman se ha ido lejos, muy lejos. Quizás a pie, cantando una lamentación de las que oyó en las estepas.

Ya se inició el nuevo día y estoy en la calle. A eso de las diez me encuentro con Boris Goldman, un muchacho de cara pequeña y movimientos bruscos. Toca el piano y está componiendo una sinfonía para mil músicos. Es un muchacho que, según el padre de mi amigo Alberto Berg, tiene mucha memoria; entonces es posible que no se olvide de componerla. Me habla y se me ocurre no contestarle. Se va disgustado. Ahora resuelvo, no sólo no comer ni dormir, sino también no hablar más. ¿Y para qué es, pues, mi lenguaje de los dioses? Soy el Super-hombre; el Mesías.

Después he visto a Berman, al padre de Berman, un hombre silencioso y bueno. Me habla y no le contesto. Encuentro a Soria, a Pardo, y a Muñoz, un muchacho anarquista con todos los defectos de tal; y encuentro a Tartessi. Todos me hablan y no les contesto. No debo hablar más el lenguaje vulgar y tonto. Soy, pues, el Super-hombre.

Llega la noche. Recuerdo unos terribles golpes sobre mi cuerpo, una comisaría, gritos, cantos, ¡qué sé yo!... Ah, es verdad, estoy en la casa de mi padre Jaime Berg. El me había abandonado en Rumania; una de esas cosas que ocurren en el mundo: un devaneo, un amorcillo. Samuel Lejtman no es mi padre; él sólo me ha criado. Mi madre adoptiva me sacó de la cuna. Con razón la que yo creía mi madre no tuvo hijos durante nueve años. Por eso me adoptaron. Todo termina bien. Estoy en la casa de mi padre Jaime Berg, mi verdadero padre. Pero a las tres de la tarde vamos a lo del psiquiatra José Ingenieros, a discutir posiciones revolucionarias. Veremos cómo se resuelven. Nos acompañan Samuel y Alberto: yo voy con mi padre Berg.

Entramos a lo de Ingenieros. Le hacemos unas señas misteriosas que comprende y contesta. Ya sabe quién soy y quiénes somos. Nos despedimos. Al despedirnos pego un golpe con el pie, y grito:

—¡Yo soy el Cristo Rojo!

Ingenieros me golpea el hombro, diciendo:

—Ep, amigo, aquí no se grita.

Está bien, comprendo, es una orden para las barricadas.

Salimos. Toda la ciudad arde. Es el gran día. Pasamos por la Escuela Roca. Oigo cantar el himno de los trabajadores. Veo piedras rojas: barricadas. Grito:

—¡Viva la Revolución Social!...

—No grites —me interrumpe papá Berg.

Bueno, la revolución está hecha.

Hemos vuelto a la casa de mi verdadero padre. La casa está en silencio y triste.

—Ahora, a dormir —me dice mi "verdadero padre", que me lleva al cuartito donde duerme Alberto. Allí me desnuda y me hace acostar en una cama plegadiza. El cuartito es oscuro. Hay muchos baúles. No hay dónde moverse.

—A dormir, a dormir —me dice por última vez y se va, bajando una escalerita de hierro.

Ya no oigo sus pasos. Duermo. A los pocos minutos me despierto, y me siento sobre la cama. Hace un calor insoportable. Tengo toda la sangre en la cabeza.

—¿Dónde estoy? —pregunto.

Nadie me contesta.

—¿Quién me ha traído aquí? —vuelvo a preguntar.

Anoche me pegaron en la comisaría, recuerdo; aquí tengo algo, adentro, en la cabeza. Me pesa y no me pesa. Todo es rojo. Veo mal, distingo mal las cosas. Vuelvo a acostarme, pero no me duermo.

Viene mi verdadero padre y me dice:

—Tienes que tomar esto —y me ofrece un líquido en una cuchara.

—No, no quiero.

—Toma, toma, te lo manda Ingenieros.

Miro el líquido que contiene la cuchara. Es rojo. Ah, sí, debo de ser una receta "bolchevike" que me manda Ingenieros. Pruebo; es dulce. ¡Qué porquería! Ingenieros debe de haberme "tomado el pelo". Ingenieros es una bestia. Debe de ser la cuchara que les da a sus iniciados de "La Siringa".

—Bueno, a ver si por fin te duermes —me dice papá Berg.

Duermo un rato. Oigo la voz de mi hermano que está abajo. Mi verdadero padre le pregunta a mi hermano David:

—¿Tenía muchos amigos?

—Yo no sé. Creo que sí. Del que siempre hablaba era de Berman, Berman de aquí Berman de allá. Para él no había mejor amigo que Berman.

Hablan de mí como si hubiera muerto. Vuelvo a dormir unos minutos.

Abajo hablan dos mujeres; la señora de mi verdadero padre y una que, por la voz, se me figura que está vestida de luto.

Dice la señora de luto:

—Y bien, ya que murió, que en paz descanse. ¡Qué lástima! Tan joven...

—Murió anoche. ¡Qué se va a hacer! —añade la señora de mi verdadero padre.

De manera que estoy muerto. He muerto anoche. La paliza que me dieron era para hacerme desencarnar. Ahora lo comprendo todo.

Oigo llorar a mi amigo Alberto. Verdaderamente estoy muerto. Me consuela, no obstante, pensar que estoy vivo, que la inmortalidad del alma es un hecho. Estoy flotando en el cuarto.

A media noche veo que mi hermano David está cerca de mi cama. Me está velando. Me duele el estómago. Bajo las escaleras. Vuelvo a subir.

—¡Je! Mi hermano no se ha dado cuenta.

Ha estado velando mi cadáver. Ha bajado, y ha vuelto a subir mi "fantasma".

Duermo. Me despierto preguntando por Rosa, una amiga mía.

—Yo soy David y no Rosa.

Duerme —me contesta mi hermano.

¡Qué raro es todo! Este cuarto suspendido en el aire, no sé cómo, se sostiene. Los baúles son sospechosos. Ah, sí: uno es para mí; y el otro es para Alberto. Nos vamos en aeroplano a Moscú, porque el gobierno de aquí nos persigue. No, me iré con mi "padre". El no se llama Berg; él es Trotzki. Va y viene de Moscú cuando le place. Yo soy Lenin. Ahora todo se explica, se aclara.

De mañana viene a verme la señora de mi padre. Me habla con dulzura, y me "ceba" mate.

—¿Está bien el agua? —me pregunta.

—¡Más caliente! —le contesto.

—Bueno, voy a calentarla.

Al rato vuelve.

—Y ahora, ¿le gusta?

—¡Más caliente! —le grito.

—¡Pero, si está hervida!

—¡Más caliente! ¡Más caliente! —le grito repetidas veces, lanzando terribles carcajadas.

Ella se va, o no sé cómo desaparece. Todo pasa como en un sueño. Los dioses están contándome un cuento shakespeariano.

Sobre la mesa de mi cuarto hay una lamparita azul con el tubo roto. Reconozco la lamparita: Samuel Lejtman me la tiró una vez, porque nos enfadamos...

Instantes después viene Samuel. Me limpia la cara con un pañuelo que huele a tabaco, a miseria, a no sé qué.

—¡Fuera, fuera —le grito.

El llora, llora como un niño.

Vuelve a acercárseme; le doy un puñetazo. Se va.

Después viene Neje, la que me ha criado, mi madrastra.

—¡Fuera! Tú quieres plata, sólo quieres plata.

Ella llora. Aquí todos lloran. Todo el mundo llora. Se va.

Este cuento de los dioses es muy triste. Es como la vida...

Luego sube Rebeca, que viene con la sirvienta; pero no es la sirvienta, es Luisa, una amiga de mi infancia, que hace diez años que no veo y que ha venido de Norte América a visitarme. No, es Lina, una amiga mía de Mendoza. No, es Octavia. Rebeca me da los buenos días y se va. Se va Luisa o Lina u Octavia. Lina se parece a Cristo. Es rubia; tiene ojos azules. ¡Cómo cambia el tiempo hasta las fisonomías! Ya no están en mi cuarto. Se han ido. Se oye sonar el piano. Mi padre grita. Es la hora de comer. Alberto llora. No comprendo. La voz de Samuel me dice:

—Israel, ¿quieres comer con nosotros?

—No. Yo no bajo. ¡Yo subo! ¡Vivan las alturas!

—Mire, Berg. Nuestros hijos, nuestros, ya no son judíos; no nos sabrán rezar el "Kadisch" —le oigo decir.

—¡Cómo! No dijiste tú que cuando murieras te levantarías de tu sepulcro para rezarte tú mismo el dichoso "Kadisch"? —le digo.

Todos ríen.

Ahora duermo. Duermo profundamente. Estoy en el Egipto. Me han encerrado en la Esfinge. Debo colgarme de los anillos de Saturno para salvarme. Ya estoy colgado. Soy un caldeo que observa las estrellas.

Ya estoy en el espacio. Los anillos de Saturno me han salvado. ¡Qué lejos está la Tierra! ¿De qué encarnación me acuerdo? Estoy saturado de una luz azul. Sólo me falta la escala de Jacob. Me he salvado. Mi salvación es eterna. ¡Cómo canta el mar, un mar que debe estar lejos, entre unas nieblas de ensueño.

Ha pasado tiempo, mucho tiempo. ¿De qué? No recuerdo. ¿Para qué ha pasado el tiempo? Ya es tarde para volver; pero volver, ¿a dónde volver? No lo sé.

Deben de ser las dos o tres de la tarde. Me despierto para dirigir las barricadas.

—¡Yo soy el Cristo Rojo! —grito azuzando al pueblo enloquecido.

Desde aquí veo que Enriqueta Gómez lleva la bandera roja. Estamos en la plena. Dirijo la batalla. Hay olor a pólvora. Suenan las ametralladoras. Pisoteo y grito como un endemoniado.

Estoy otra vez en cama. Me han herido. Estoy agonizando. Viene a verme un médico. El médico me examina. Según parece, no sabe lo que tengo.

Ahora está a mi lado, Alberto, que escucha mis aventuras.

—¿Te acuerdas?, me caí al agua, allí, cerca de la Asunción... Me salvó Tomás Mendoza, un militar, camarada del coronel Jara. Me sacó del agua por los cabellos. Mi canoa chocó contra un vapor. ¿Cuándo trajeron mi cadáver?

Alberto se desternilla de risa. Me habla de no sé qué cosa. Pero ahora descubro que yo estaba equivocado. Alberto Berg soy yo; él es Israel Lejtman. Yo tengo esa enfermedad del corazón; yo uso lentes; yo soy gordo; yo soy hermano de Rebeca. Yo he estado esperando que mi madre volviera de Europa, donde la ha sorprendido la guerra. He llorado mucho, mucho, por ella. Me saco los lentes y los limpio. Me los vuelvo a poner. Israel Lejtman se va.

Ya es de noche. Sube mi "padre".

—Vístete, —me dice.

Y él mismo me viste.

—Vienen a buscarlo unos amigos en auto.

—Será Pardo —pienso.

Estoy vestido con mi traje negro. Mi "padre" no encuentra mis zapatos.

—Vamos así, no importa. Total vas en auto.

Abajo veo un bombero. Una lamparilla eléctrica brilla en la joyería. El bombero está acompañado de dos amigos que han venido del puerto Murtinho, del Brasil.

Le grito a uno:

—¡López!

—¡Wilhelm!

Me abrazan y me llevan fuera. Subo a un auto. En el pescante se sienta Israel Lejtman. Mi padre Berg se va. Creo que llora. Se cierra la puerta de la joyería. La ciudad tiene mucha sombra. Todas las sombras de la ciudad se mueven, se contraen. Canto trozos de ópera. Los tranvías se detienen al paso de nuestro auto. Por una larga avenida entra la ciudad de Asunción del Paraguay. De pronto el auto se desvía...

Pienso: "Nos han traicionado. ¿Quién? no lo sé".

Estamos en el manicomio.

—¡Oh, miren, un loco! —grito señalando a un sujeto. Esta es la casa del loco Cabred. Allí está el árbol de la ciencia del bien y del mal.

El auto se detiene. Me bajan teniéndome de las dos manos.

Dice un policía:

—Aquí traemos a un individuo que dice ser el Cristo Rojo y que padece del mal de la anarquía.

En la puerta hay dos loqueros. Un médico ordena, tranquilamente:

—Pásenlo.

Me desvanezco. Estoy muerto... Pero a media noche...

EL CUENTO HUMORISTICO: LAS PEQUENAS COSAS



ESPUES de chapuzarse el rostro en el lavabo y peinarse las escasas hebras que apenas se insinuaban sobre su amarillenta calva, luciente como de sobado marfil antiguo, Rodríguez fué a buscar su camisa limpia, que estaba sobre las ropas de la cama.

Al ver la prenda, Rodríguez no pudo reprimir un gesto de contrariedad: la camisa no tenía prendidos los puños, ni éstos colocados los pasadores y gemelos.

—¡Por vida de la Escolástica!... No aprenderá nunca la vieja esta a hacer las cosas...— refunfuñó Rodríguez.

Y se entregó a la tarea de abotonar los puños, pequeña atención que le encocoraba grandemente.

Terminado que hubo, se vistió la camisa y fué ante el espejo del tocador a ponerse el cuello de brillo. Otra sombra de contrariedad volvió a nublar el rostro de Rodríguez, que tenía esa palidez acre y enfermiza de los que están largamente clausurados en estancias sin sol.



La criada le había preparado un cuello antiguno que le venía estrecho. Mientras, buscando otro revolvía con sus largas manos huesudas en el cajón de la ropa blanca del armario de luna, Rodríguez no dejaba de mascullar palabras de disgusto.

Cada día le era más hostil la vida, más amarga y punzante la sensación de soledad que sentía en su casa. Revivía ahora en él la emoción de desamparo; la inquietud agria de sus tiempos de soltero, vividos en mezquinas casas de huéspedes, bajo la tutela negligente de patronas descuidadas y sin cordialidad.

Seis años de matrimonio le habían acostumbrado a las pequeñas comodidades de que la atención femenina nos rodea; siempre bien cepillado el traje, lustrosos los zapatos, a punto la camisa, perfumado el pañuelo... Resueltos, en fin, todos los minúsculos problemas; allanados los obstáculos materiales; cuidados atendidos, molestias evitadas; humildes versos sueltos que van componiendo el modesto poema de la felicidad conyugal...

Ahora, poniéndose la corbata, entregado a esa lucha absurda del hombre con un pedazo de tela que le servirá de dogal, sentía Rodríguez, más agudamente que nunca, la mordedura del recuerdo que le llenaba el alma de agridulce melancolía. La corbata era su tormento, la prueba de su impotencia para todas las cosas manuales. Jamás supo hacerse un lazo medianamente. De soltero resolvía la dificultad usando lazos hechos, feos y rígidos corbatas de muelle. Pero apenas casado, su mujer atendió a este detalle. ¡Qué lazos más airosos, llenos de coqueta gracia, hacían con sus corbatas las pulidas manos de Matilde!

Pero desde hacía tres meses, Rodríguez estaba en una extraña situación. Ni soltero, ni casado, ni viudo. Su mujer, Matilde, que era bonita como un pecado de amor; que tenía unos ojos negros y apasionados de reina mora, había huído del domicilio conyugal.

Y he aquí por qué dramática y risible causa Rodríguez, marido burlado, luchaba esta mañana con su corbata, ciñéndola a su cuello, mientras las manecillas del reloj avanzaban implacables, marcándole la hora de marchar a la oficina.

Había sonado momentos antes el timbre de la puerta del cuarto, y Escolástica, la vieja criada, apareció en el umbral de la alcoba de Rodríguez, demudado el rostro, trémula las manos.

—¿Quién llamaba, Escolástica?

—Una visita, señorito. No puede imaginarse usted...

Pero sin dejarla concluir, irrumpió en la estancia una matrona gruesa y enlutada. Al verla, la interpeló Rodríguez, extrañado:

—¡Carola! ¿Cómo tú aquí, cuñada?

Era la hermana de su mujer, en efecto: una buena alma de Dios, a la que no había visto desde la fuga de su esposa, y que ahora, llorosa y suplicante, le imploraba:

—¡Por Dios, hombre! No digas nada. ¡Sé bueno!

—Pero yo ¿por qué? — exclamó Rodríguez con asombro.

Y como respondiendo a su pregunta, penetró en la estancia otra mujer, su mujer, Matilde, que, también enlutada y llorosa se arrojó, de rodillas, a los pies de Rodríguez, convulsionada y prorrumpiendo en desgarradores sollozos.

—¡Perdónala, perdónala! — intercedía Carola. — Está arrepentida. ¡Bien ha pagado su locura! Esta mañana fué a verme... Quería matarse. No se atrevía a venir... ¡Perdónala! Ha sufrido tanto sin ti... ¡Que Dios nos libre de una mala hora!

—¡Perdón, perdón! — sollozaba, desconsolada, la esposa.

Rodríguez, aturdido, no sabía qué hacer en aquella situación dramática, que le sorprendía en mangas de camisa. Matilde, cada vez más deshecha en llanto, se arrastraba a sus pies, pugnando por abrazarle las rodillas. Carola tendía hacia él sus manos, en ademán de imploración.

La criada, en la puerta de la alcoba, le suplicaba también con el mirar triste de sus ojuelos pitarrosos preñados de lágrimas...

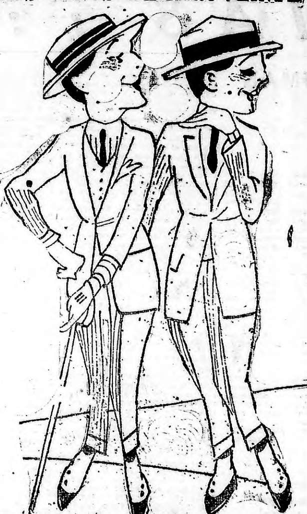
Rodríguez, inconsciente, miró al reloj, que tictaqueaba sobre la mesilla de noche; en el espejo del armario se vió él mismo, pálido a medio vestir, con el cuello desabrochado y las dos puntas de la corbata colgando sobre la pechera de la camisa...

Y de pronto, como el que encuentra el motivo y la justificación de algo muy sabido, dijo a su mujer con voz serena, sencillamente, como se lo había venido diciendo todas las mañanas durante seis años de matrimonio:

—Anda, Matilde: hazme el lazo de la corbata, que es muy tarde. ¡Milagro será si hoy no llego el último a la oficina!...

Juan Ferragut.

LOS "NIÑOS" DE CERO VEINTE





L hábito, la costumbre, suele manifestarse inequívocamente.

No se precisa ser un psicólogo para "descubrir" la adaptación o la inadaptación de ciertas personas en los distintos actos por ellas realizados.

Un poco de "ojo clínico", y sin gran esfuerzo, se vislumbra un mundo de sensaciones.

Se distingue rápidamente al improvisado del veterano, al experimentado del arribista.

Entre el habituado y el no habituado hay una línea divisoria fácil de determinar.

Sus gestos, sus mohines, sus palabras y hasta sus silencios "hablan" clara y rotundamente para delatarnos la "situación" que cada uno tiene o la "posición" que cada uno ocupa.

Sin tratar a las personas puede muy bien "conocérselas", claro es que hasta cierto punto o límite, pues el "conocimiento" de las personas cuando a su estado de conciencia se refiere, se hace arduo, espinoso, y a veces, imposible.

¡Hay tanto "disfraz"!

Sin embargo, recogiendo esos síntomas que por parecer de po-

La Famosa Atlántida



L sabio explorador León Frobenius ha regresado a Hamburgo, después de un viaje de exploración de diez y ocho meses por el Oeste africano y especialmente por la Nigeria meridional.

Trae consigo un considerable material científico muy valioso en los dominios antropológico, cinológico, económico y científico.

Su equipaje comprende unas 300 cajas que van a ser inventariadas a causa de que su contenido debe ser distribuído entre los diferentes Museos alemanes, por haber sido sufragados la mayor parte de los gastos de exploración con fondos del Estado.

Hace algunos meses el doctor Frobenius aseguró que había encontrado las huellas de la famosa Atlántida desaparecida durante un cataclismo al principio de las edades históricas.

LOS ARTISTAS DEL PUEBLO

Giordano de la Rosa es el pintor de la vida y espectáculo del trabajo portuario

AL inquirir al jo-siempre tumbados en las areven artista res- nas pacíficas: Junto a los pecto de su ten-docks en el puerto a la hora dencia y opinio-en que el agua oscura gime nes, nos responde:un recuerdo de tempestades. mi anhelo esNoche profunda y gigantesca adentrarme en la que cae sobre el mar, mienvida tumultuosa y vibrante detras los buques a lo lejos palos pueblos con sus obrerosrecen una sucesión de puntos que trabajan como soñando,luminosos que marchan. Emosilencioso hasta que una malación de los puertos en la nomaniobra hace estallar su im-che a la hora en que todo paciencia con un denuestoduerme su cansancio de tracasi cósmico. Yo soy de aque-bajo. Emoción de los puertos llo que se estaría horas y ho-en la tarde a la hora en que ras contemplando el afan dela luz es un cansancio de collos que se estarían horas y ho-lores; es entonces cuando tú voracidad de un buque, mons-verás al pintor agudizar las truo que se traga impasible-pupilas para sorprender el mente bolsas y bolsas de tri-misterio del matiz, de lo que go. Yo soy de los que sientenes y no es al mismo tiempo, la emoción de los adioses a lade eso que se organiza tan sóhora en que las sirenas de los lo para engañar a los ojos. Pe-



DE LA ROSA: "Acariciando el casco"

grandes trasatlánticos hacen vibrar el aire con una emoción de adioses. Y los ojos del pintor se aclaraban como iluminándose de aurora. El ha visto el cansancio de los buques viejos que descansan para

ro el artista sabrá compenetrarse del alma de la realidad para comunicarla a su dibujo. Mar, suavidades inesperadas, juegos de olas junto a la playa piadosa, horizonte serpentina multicolor sobre la



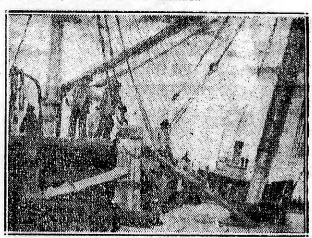
G. DE LA ROSA

que se enlazará la alegría del mundo.

Y luego el retrato de los marineros cansados, y de esos trabajadores del puerto que van de un lado a otro, parias de la fatiga que pasan como un mudo reproche a la injusticia, bajo el sol de acero tajante y duro. Así es la obra de Giordano de la Rosa, tumultuosa, inquieta, torturada como el trabajo de los hombres, vibrante, dinámica y arriesgada como la vida de los puertos.

En su estudio particular Giordano de la Rosa ha efectuado ciertas figuras de estructura completamente distintas a su obra anterior y representadas por espirales y quebradas tendiendo hacia la exageración de la línea, de la euritmia humana. Pero esto solamente ha sido un afán de búsqueda para llegar a la constructiva en lo que al volúmen de las figuras se refiere. Varios elementos de la vida real combina, selecciona y armoniza el pintor para llegar a la realización del pensamiento que lo guiara en cada obra; en primer término el movimiento del hombre con el paisaje, la vida, el ambien- mis hermanos, desfilan en mis te, la grandiosidad del tema.

Pero el joven artista se entusiasma y nos habla del sentido social de su arte. No me alegraría nada, nos dice, pintar un retrato con fondo de un rico diván o una hermosa biblioteca. Nada de retratos femeninos o paisajes de tierno sol en parques municipales. Pero, eso sí, me gustaría pintar un rico ocioso y moribundo en contraste con su fastuosidad. Antítesis digna de Victor Hugo, por cierto. La tragedia del trabajo produce en mí una profunda emoción de solidaridad humana. Ellos, mis hermanos, desfilan en mis obras, lúgubres, amargados. Porque veo la verdad artística a través del amor que siento por mis semejantes. Es así el bello ejemplo de Constantino Meunier, el pintor de los mineros. Todos somos hijos de nuestras emociones, vivimos a través de ellas y ellas nos acararán de cuando en cuando y fugazmente el enigma del mundo. Por ejemplo en mi obra "Acariciando el casco" he tratado de representar sin reservas la vida de los trabajadores en su natural actitud con todos los movimientos accidentales. He rectificado en lo que me ha sido posible mi manera de ser en los resultados de la gran guerra, nos dice el artista. En ese período trágico ví sin embargo muy oscuro mi porvenir. Hoy trabajo en forma relativamente cómoda. Aprendí dibujo en la escuela nacional de arte para lo que tanto hizo el doctor Cullen como director en lo que respecta a estimular a sus alumnos.



DE LA ROSA: "Día gris"

Dejamos al joven artista entregado a su trabajo. Mientras tanto íbamos que un país que es capaz de tener artistas muy jóvenes y aun no trinfadores, valerosos, buenos, sensibles y humanos es un país capaz de confiar en su porvenir.

EL AÑO LITERARIO

EL año que termina ha sido fecundo en toda clase de acontecimientos literarios. Desde aquellos sonados premios de estímulo a las obras en prosa presentadas al Congreso Municipla, donde se defraudó la opinión y la justicia, denegando un premio al vigoroso escritor Roberto Mariani, jefe de los franco-tiradores de la izquierda, hasta la formación del Jurado que habrá de dictaminar sobre las obras literarias del año 1926, en cuyo senó no hay representación de la literatura ya que los profesores y ex periodistas que lo componen hace mucho tiempo que han roto definitivamente con las letras.

Se han publicado numerosos libros de toda índole. La nueva generación demostró nuevamente de todo lo que es capaz renovando la sensibilidad del medio ambiente literario con obras bellas y audaces. Ha conquistado la vanguardia poética el lugar que le correspondía por su talento — Borgues, Raúl González Tuñón, Nicolás Olivari, Leopoldo Marechal, Jacobo Fijmann, publicaron libros de versos.

Incuestionablemente la "Musa de la Mala Pata", fué un libro de versos del año. Se discutió apasionadamente en todos los cenáculos literarios de Buenos Aires. Los abundantes artículos críticos que le dedicaron, dicen a las claras de su actualidad y de su oportunidad.

Se ocuparon de este libro "inútil, grotesco y rabioso" al decir del autor de Roberto Mariani, Luis L. Franco, Augusto Bunge, Horacio Rega Molina, Ricardo Guiraldes, Ossorio Borba, A. Zum Felde, Mercedes Pinto, Alvaro Yunque, etc.

Indudablemente, la pavura académica del jurado municipal le negará el merecido premio.

Raúl González Tuñón, con su Violín del Diablo, demostró cuanto puede hacer todavía con su juventud multimillonaria de metáfora pura demostraron su valor. Marechal en el terreno de la metáfora pura dmostraron su valor. Se esperaba el libro del vate Muñoz, el gran malevo compañero de alma, pero el malevo prefirió no publicarlo para no infundir el desasosiego entre los miembros de La Peña que lo creen pasatista.

En prosa ha obtenido un extraordinario éxito Roberto Mariani con su libro de cuentos y Roberto Arlt el fuerte y rudo autor del "Juguete rabioso", la mejor novela del año, indiscutiblemente, en la que abundan páginas poemáticas de rara intensidad poética.

Ricardo Guiraldes conquistó un nuevo triunfo con su hermoso y valiente gaucho "Don Segundo Sombra".

LEJANIA

Pullman L 14. La luz férvida y pura
abríase en el marco fugaz de la ventana.
Sobre las aguas vívidas ahogábase la altura.
Ardió la selva densa en la mañana.

Todo se fué, y mis días han sido de aventura
Paso por el recuerdo de una mujer lejana.
Conocí la tristeza de la literatura
Y amo los horizontes y la música vana.

Los ojos en recreo del país soñoliento
Con árboles ansiosos y el camino estirado
Disipándose en una lejanía del viento.

¡Tierra olorosa cálida! ¡Polvareda de florest
Entonces era bueno silvar y mi exaltado
Mundo resplandecía con los siete colores.

Santiago GANDUGLIA

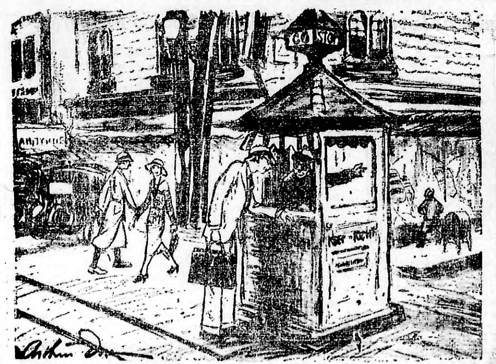
Enrique G. Tuñón, "qual piuma al vento", desperdigó su filosofía humorista y su talento de escritor con la prodigalidad con que obsequia a todo el mundo sus famosos cigarrillos rubios.

En resumen el año ha sido intenso. Las revistas literarias florecieron con intensidad jamás lograda. Hasta ahora, numerosos poetas jóvenes aprovechando la baja del franco, se fueron a París, donde parece que gestionan la traducción de sus "operas omnias". Hubo literatura buena y hubo cianuro. Tal es el apresurado resumen del año que se fué.

En los cenáculos literarios, cafés, redacciones de periódicos y revistas de vanguardia, circula la siguiente tarjeta:

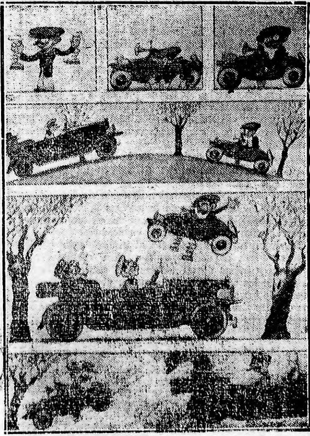
"La nueva generación saluda atentamente al señor Roberto F. Giusti y lo felicita por su fracaso electoral que lo resta de la composición del Concejo Deliberante. Espera, por consiguiente, tener el placer de saludarlo pronto, al frente de un Liceo de provincias, lejos de la política que le fué ingrata y de la literatura, que le fué infiel".

EL HUMORISMO DEL MUNDO



—¿Dónde queda el subterráneo.
—Me extraña que no sepa usted que el subterráneo queda bajo tierra.

CONQUISTAS DEL PROGRESO



PLANA COMICA, POR F. RAMIREZ
El invento de Bodoque... para suprimir el choque.

SED COMPASIVO CON LOS ANIMALES

LA VISITA OBLIGADA



—¿Usted, el de todos los sábados, ahora resulta que también va a venir los viernes?
—¡Hoy es una excepción, señor inspector! Mañana, sábado, no podré venir, porque estoye de viaje, y seguramente hasta el lunes no estaré de regreso.





—¿Quiere usted comprar cordones?
—Ofrézcaselos al Intendente para que arregle de una vez las calzadas

TRIUNFO FORENSE



EL ABOGADO DEFENSOR.—¡Durillo estaba el fiscal! ¡Pero al fin hemos conseguido que las dos penas de muerte se queden reducidas a una!



UNA VOZ.—Tiene un ojo en compota.
OTRA.—Pues ese no volverá a comer compota en su vida.



UNA NOVELA EN CINCO CAPITULOS

UNA PRIMICIA PARA CRITICA MAGAZINE

Por: MANUEL ROMERO DELGADO

(Continuación)

—Esta Lilí — digo yo — toca el violín como pudiera moler el café o batir un cotkail.

—Ah, sí — me contesta — Pero, ¿qué importa el violín? Yo no sé si tú puedes comprender todo lo grande que hay en esta aventura mía. Cada mañana me despierto con la pregunta: ¿Pero es verdad? Y su risa me contesta alegremente que sí, que es verdad? Y su risa me contesta alegremente que sí, que es verdad, y todavía me cuesta creerlo.

Leónidas me habla con voz grave y emocionada.

—Yo no he conocido padre ni madre. Una tía vieja, asmática y fanática, me tuvo en su casa hasta los quince años, hasta que comprendí que su yugo era demasiado pesado para mí y me escapé. Yo creo que esta tendencia mía a la tristeza y a la meditación, la debo a mis primeros años huérfanos de cariño y de dulzura; y luego, un año y otro año en la soledad de la redacción, en la soledad terrible de mi cuarto. ¿Comprendes ahora lo que puede ser para mí esa muchacha?

—¿Casarme? No, no. Tú me conoces y sabes que, en el fondo, soy un hombre frustrado, que tengo en mí mismo una gran desconfianza: me falta la propia sugestión. Y el matrimonio es el acto decisivo del hombre bien avenido con la vida.



Lilí, entre Leónidas y yo, colgada de nuestros brazos, es toda carcajadas, rumores joyantes y centelleo de ojos. Lilí se ríe de las estrellas que lucen claramente en la noche magnífica, lo mismo que de un vigilante o de un buzón; y en lo más hondo de mi cerebro, se van barajando una serie de brumosos razonamientos, independientes de mi voluntad, que se esfuerzan por encontrar la causa psicológica de esta eterna risa de Lilí.

La ginebra arde en mi estómago: es un ardor avieso, traicionero, que me impulsa a una locuacidad un tanto disparatada. Se diría que tengo un pequeño demonio irónico dentro del cuerpo. Las palabras brotan de mis labios a borbotones, no muy obedientes a las ideas que se me ocurren; verdad es, también, que estas ideas son un tanto absurdas, y, a veces, de absurdas, inexpresables.

Lilí habla conmigo; me dirige preguntas sorprendentes; me acosa, me cerca con una habilidad de gran general; y yo, como no sé qué responderle — ¿quién sabría responder a las preguntas de Lilí! — encubro mis derrotas con carcajadas y con pequeñas historietas que, verdaderamente no me explico como vienen a cuento. En el fondo, como en relámpagos de clarividencia, siento contra mí mismo un odio nihilista. ¡Esta Lilí me tomará por un loco o por un imbécil!

Y sigue mi charla descocada y la graciosa charla de ella; y mi risa estúpida y su risa ragentina. Todo ésto lo soporta Leónidas con una resignación filosófica, silenciosa; es el silencio que dice: "Ahora llegamos a casa, a "nuestra" casa; sabes tú lo qué quiere decir ésto? ¡Qué recogimiento qué honda intimidad la de este cuarto humilde con una cama, una cómoda, una mesa y tres sillas! Yo me siento mientras ella va de un lado para otro, extendiendo una servilleta, sacando unas tazas, riendo, siempre riendo con su risa loca. Y luego, de repente, para convencerme de que es verdad, de que no sueño, me levanto, voy a ella y la beso en los ojos, en los brazos, en el cuello; y ella se me da toda, toda; toda su voluntad la siento en mi voluntad, todo me dice en ella: es tuyo, tuyo, mis ojos, mis brazos; y como soy un hombre de la calle, esta felicidad enorme me hace llorar. Pero el chocolate humea en las tazas, arde el quinqué a media luz, no llega a nosotros ningún ruido..."

Lilí quiere enterarse minuciosamente de todas mis intimidades: de quién es mi lavandera, de cuántas veces mudo mi ropa interior. De pronto, apegándose a Leónidas, me dice:

—De veras que no comprendo como un hombre joven puede vivir sin una mujer bonita a su lado.

—¡Psss! — hago yo, de una manera superior, como dando a entender que conozco el secreto de ese misterio. En el fondo la pregunta de Lilí me ha tocado en lo vivo, no sé por qué; creo que Leónidas me ha mirado con ironía y conmiseración. ¡Claro, él se creerá un Tenorio. ¡Valiente conquista! ¡Una muchacha que andaba tirada por los cafés!

(Continuará)



ENTRETELONES DEL CICLISMO

(Artículo especialmente escrito para **CRITICA MAGAZINE)**

Por: ANTONIO GAUDINO

La preparación de la bicicleta es objeto y constituye la parte que hay que dedicarle preferente atención en su minuciosidad de detalles a observarse. Por esto hay que tener en cuenta principalmente las siguientes cosas: que la punta del asiento no debe pasar del nivel aplomado del eje pedalero. Que la altura de éste debe ir proporcionado y en relación al largo de las piernas; así, pues, para establecer la altura del asiento, el ciclista debe colocarse sobre éste y estirar la pierna derecha o izquierda indistintamente y caer éstas justamente en forma que cuando el pie asiente en el pedal, quede la pierna más bien estirada que floja. La altura de la empuñadura del manubrio debe estar al nivel de la cabeza de orquilla. El ancho del manubrio debe estar en relación al ancho de las espaldas del ciclista; de esta manera no se cierran los brazos ni tampoco se hace dificultosa la respiración.

Las punteras deben ser lo más livianas posibles, siendo preferibles más bien cortas, así el pie trabaja más desenvuelto y posee la elasticidad necesaria. El zapato del ciclista debe estar bien ajustado con la correíta del pedal. Al zapato ciclista, para velocidad, puede introducírsele esta innovación que ya algunos la adoptaron: colocarle debajo de la planta un cuerito suplementario de un centímetro de ancho por medio centímetro de espesor y se coloca a la terminación de la planta de manera que este cuerito quede agarrado dentro del serrucho del pedal, así tenemos por ejemplo que cuando el pie derecho baja con fuerza para picar, el izquierdo sube tirando hacia arriba sin peligro de que el pie se salga del pedal, pues está prensado con el cuerito suplementario por debajo y con la correíta por arriba. Este pequeño detalle es de suma importancia en los embalajes, que fácilmente permite sacarle al contrario uno o dos segundos en diez metros.

Bicicleta para carretera

En la máquina para carretera, el asiento debe colocarse y medirse la altura en la misma forma como detallé en la de pista, con la diferencia que en lugar de colocar la punta del asiento a nivel a plomo del eje pedalero, debe colocarse siete u ocho centímetros más atrás.

Las punteras para carretera, deben ser más largas que las usadas para pista; en esta forma, el pie calza la puntera y va más descansado, resultando con más resistencia para las pruebas de larga distancia, tales como son las de carreteras.

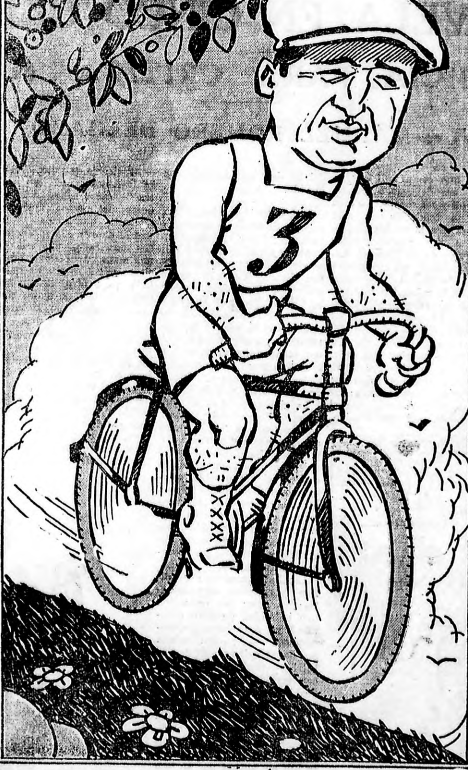
El manubrio debe estar avanzado unos seis o siete centímetros siempre teniendo en cuenta el ancho, por las razones que ya expliqué.

En esta forma el ciclista puede adoptar una posición más cómoda y descansada, evitándose así los dolores de riñones, cintura y pescuezo.

Una de las cosas principales que hay que tener en cuenta en las carreras es la dirección de los vientos; siendo éste el factor principal que influye para ganar una carrera.

En el caso que voy a relatarles queda bien sentado el siguiente precedente un ciclista perspicaz y que no le pasa por alto observando siempre la dirección del viento, puede ganar más de una carrera. Así vemos, por ejemplo, una carrera a La Plata: el conjunto de corredores lo forman un pelotón de diez o doce ciclistas; por lo general, el más audaz toma el comando del pelotón y hace el tren de la carrera. Este ciclista es fuerte, audaz, etc., pero no gana, por cuanto no tiene en cuenta la dirección del viento. Y voy a explicarles por qué. En este momento, el viento sopla del Noroeste y el que hace el tren en la carrera a La Plata, no se fijó que el viento soplaba del flanco izquierdo, corriendo por la carretera tomando su mano, es decir, por la izquierda; los otros corredores forman el pelotón colocados transversalmente al costado derecho de éste, y a media rueda más atrás de diferencia entre cada uno. Forzosamente, el que iba al comando del pelotón el que hizo el tren quedó aniquilado por cuanto además de hacer tren les fué parando el viento a sus contrarios.

Pero si este ciclista hubiera sido un poco perspicaz y hubiera tenido en cuenta la dirección en que soplaba el viento es casi seguro que ganaba la carrera porque era audaz y fuerte. Pues bien, el ciclista que se dá cuenta de todo seto, hace lo siguiente: en el caso que toma el comando del pelotón y teniendo en cuenta que el viento sopla del lado Noreste lo hará de la mano derecha de la carretera y a quince o veinte centímetros del cordón o acequía; cuestión de que no se le coloque ninguno a su derecha, de esta manera el pelotón se extiende en forma de ir colocados uno detrás de otro, y en consecuencia el viento lo reciben todos iguales. Yo apuro el tren y como soy fuerte poco a poco voy despegándome del pelotón, en esta forma he conseguido una leve ventaja; la suficiente para ganar esta carrera.



Así como el caso que he relatado su factor principal lo constituía el viento inconveniente éste que muchas veces es inevitable y que así mismo el ciclista que lo tiene en cuenta sabe luchar contra él y defenderse contra sus enemigos. Pero el obstáculo que pueda presentársele en la artimaña que voy a explicarles es un obstáculo que cualquier ciclista que sea un poco perspicaz puede eludir este peligro.

Muchas veces los caminos en carretera no están en condiciones, pues podrá verse en el trayecto que existen partes donde hay un pedazo el cual en camino obligado y éste está completamente cubierto de barro o lodo o más allá un trozo de alambre de púa o cualquier otro objeto que impida el paso o haga caer al ciclista con gran perjuicio; pues en la caída no solamente se lastima el ciclista sinó que puede romper rueda, rayos, horquilla, pinchar etc., etc. Entonces un ciclista oportuno y que no solo trabaja con sus músculos sinó que emplea también su vista y su inteligencia va previsto contra todos estos peligros y no solamente tratará de escaparse por la tangente al pasar al lado del lodo sinó que pasa justamente cerca de éste a cuatro o cinco centímetros lo que provoca la caída de los restantes del pelotón; en estas circunstancias es como el astuto corredor aprovecha esta oportunidad para escaparse; mientras los otros arreglan desperfectos causados a sus respectivas máquinas.

En esta forma consigue clasificarse en primer término un ciclista que no sólo se valió de sus piernas sinó de sus artimañas.

Así como podrían ser estos objetos los causantes de la pérdida de una carrera; en el caso que voy a citar pueden ser obstáculos los animales que puedan hallarse en las carreteras y que cruzan de un lado a otro éstas. Si bien a veces no es un obstáculo que pueda impedir el paso de los corredores, debe atribuírsele una relativa importancia pues suele venir a veces aparejada de fatales consecuencias. Tenemos que una vaca, un caballo, un perro, o una gallina, pueden ocasionar la eliminación de más de un ciclista y más aun de su inteligencia para salir del paso y ganar la carrera si se quiere.

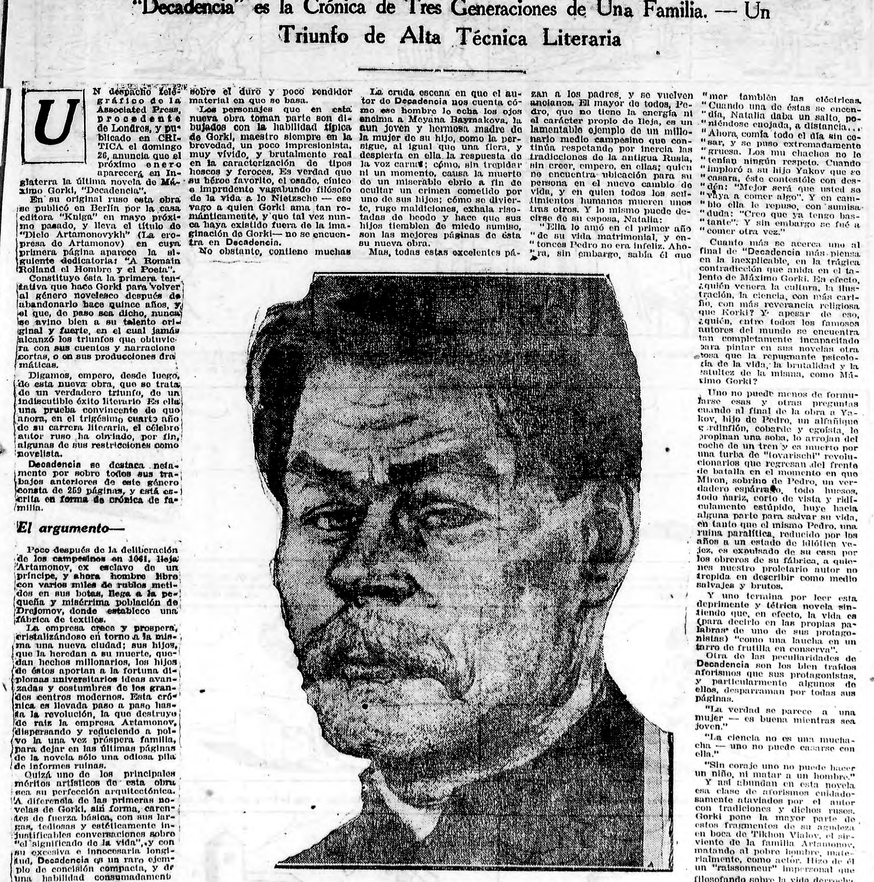
Como estas artimañas, hay muchas las cuales no puedo explicar ahora porque ya me extendí demasiado en relación al espacio que dignamente se le da cabida en estas columnas. Efectivamente, estos secretos los reservé mientras yo corría, pero hoy es preciso divulgarlos por cuanto yo ya no puedo valerme de estas artimañas; y a fin de que los nuevos ciclistas vayan muniéndose de todos estos conocimientos los que sabiéndolos aprovechar le vendrán a maravilla.





LA ULTIMA NOVELA DE MAXIMO GORKI

"Decadencia" es la Crónica de Tres Generaciones de Una Familia. — Un Triunfo de Alta Técnica Literaria



UN despacho telegráfico de la Associated Press, procedente de Londres, y publicado en CRITICA el domingo 26, anuncia que el próximo enero aparecerá en Inglaterra la última novela de Máximo Gorki, "Decadencia".

En su original ruso esta obra se publicó en Berlín por la casa editora "Kniga" en mayo próximo pasado, y lleva el título de "Dielo Artamonovykh" (La empresa de Artamonov) en cuya primera página aparece la siguiente dedicatoria: "A Romain Rolland el Hombre y el Poeta".

Constituye ésta la primera tentativa que hace Gorki para volver al género novelesco después de abandonarlo hace quince años, y el que, de paso sea dicho, nunca se avino bien a su talento original y fuerte, en el cual jamás alcanzó los triunfos que obtuviera con sus cuentos y narraciones cortas, o en sus producciones dramáticas.

Digamos, empero, desde luego, de esta nueva obra, que se trata de un verdadero triunfo, de un indiscutible éxito literario Es ella una prueba convincente de que ahora, en el trigésimo cuarto año de su carrera literaria, el célebre autor ruso ha obviado, por fin, algunas de sus restricciones como novelista.

Decadencia se destaca netamente por sobre todos sus trabajos anteriores de este género consta de 259 páginas, y está escrita en forma de crónica de familia.

El argumento—

Poco después de la deliberación de los campesinos en 1061, Ileja Artamonov, ex esclavo de un príncipe, y ahora hombre libre con varios miles de rublos metidos en sus botas, llega a la pequeña y misérrima población de Drejomov, donde establece una fábrica de textiles.

La empresa crece y prospera, cristalizándose en torno a la misma una nueva ciudad; sus hijos, que la heredan a su muerte, quedan hechos millonarios, los hijos de éstos aportan a la fortuna diplomas universitarios ideas avanzadas y costumbres de los grandes centros modernos. Esta crónica es llevada paso a paso hasta la revolución, la que destruye de raíz la empresa Artamonov, dispersando y reduciendo a polvo la una vez próspera familia, para dejar en las últimas páginas de la novela sólo una odiosa pila de informes ruinas.

Quizá uno de los principales méritos artísticos de esta obra sea su perfección arquitectónica. A diferencia de las primeras novelas de Gorki, sin forma, carentes de fuerza básica, con sus largas, tediosas y estéticamente injustificables conversaciones sobre "el significado de la vida", y con su excesiva e innecesaria longitud, **Decadencia** es un raro ejemplo de concisión compacta, y de una habilidad consumadamente constructiva.

La vasta materia, que abarca medio siglo, y que glosa la vida de unos quince protagonistas principales (por no mencionar los de segundo orden), está expuesta en forma independiente, en escenas y fragmentos estrictamente realistas, brotando de cada una un nuevo actor o nuevos cuadros, pintados de mano maestra. La novela que nos ocupa es sin duda un triunfo de alta técnica literaria, tejida, o mejor dicho, tallada sobre el duro y poco rendidor material en que se basa.

Los personajes que en esta nueva obra toman parte son dibujados con la habilidad típica de Gorki, maestro siempre en la brevedad, un poco impresionista, muy vívido, y brutalmente real en la caracterización de tipos hoscos y feroces. Es verdad que su héroe favorito, el osado, cínico e imprudente vagabundo filósofo de la vida a lo Nietzsche — ese vago a quien Gorki ama tan románticamente, y que tal vez nunca haya existido fuera de la imaginación de Gorki— no se encuentra en **Decadencia**.

No obstante, contiene muchas [illegible]mente gorkianas, como por ejemplo, Ileja Artamonov, el fundador de la fábrica y patriarca de la familia, "hombre gigantesco, de luenga barba rizada, medio canosa, y ojos grises que miran impertinentemente por debajo de pobladas cejas", poseedor de inagotable reserva de fuerza bruta, y una voluntad irresistible de crear, de acumular, de prohijar.

La cruda escena en que el autor de **Decadencia** nos cuenta cómo ese hombre le echa los ojos encima a Meyana Baymakova, la aun joven y hermosa madre de la mujer de su hijo, como la persigue, al igual que una fiera, y despierta en ella la respuesta de la voz carnal; cómo, sin trepidar ni un momento, causa la muerte de un miserable ebrio a fin de ocultar un crimen cometido por uno de sus hijos; cómo se divierte, ruge maldiciones, exhala risotadas de beodo y hace que sus hijos tiemblen de miedo sumiso, son las mejores páginas de ésta su nueva obra.

Mas, todas estas excelentes páginas y escenas son tétricas; sin un rayo de sol, sin un soplo de aire que penetre en ese mundo de animalidad donde todo es carne y materia herméticamente cerradas, y donde nuestro famoso autor se encuentra en su verdadero terreno.

Sin embargo, más obscuras, más nebulosas que esas son aun las partes centrales y postreras de la novela. Los hijos reemplazan a los padres, y se vuelven ancianos. El mayor de todos, Pedro, que no tiene la energía ni el carácter propio de Ileja, es un lamentable ejemplo de un millonario medio campesino que continúa respetando por inercia las tradiciones de la antigua Rusia, sin creer, empero, en ellas; quien no encuentra ubicación para su persona en el nuevo cambio de vida, y en quien todos los sentimientos humanos mueren unos tras otros. Y lo mismo puede decirse de su esposa, Natalia:

"Ella lo amó en el primer año "de su vida matrimonial, y entonces Pedro no era infeliz. Ahora, sin embargo, sabía él que "hasta la depravada muchacha "de la fábrica, Zinaida, podía "amar en una forma más picante, más divertida, por no mencionar la mujer libertina que él "se encontró en la feria de Nizhni-Nougorod."

"Toda la vida temió su esposa "algo. Al principio temía a su "hermano Alexei, después temió "a las lámparas de kerosene, "hasta que más tarde llegó a temer también las eléctricas. "Cuando una de éstas se encendía, Natalia daba un salto, poniéndose enojada, a distancia... "Ahora, comía todo el día sin cesar, y se puso extremadamente "gruesa. Los muchachos no le "tenían ningún respeto. Cuando "imploró a su hijo Yakov que se "casara, éste contestóle con desdén: "Mejor será que usted se "vaya a comer algo". Y en cambio ella le repuso, con sumisa duda: "Creo que ya tengo bastante". Y sin embargo se fué a "comer otra vez."

Cuanto más se acerca uno al final de "Decadencia más piensa en la inexplicable, en la trágica contradicción que anida en el talento de Máximo Gorki. En efecto, ¿quién venera la cultura, la ilustración, la ciencia, con más cariño, con más reverancia religiosa que Korki? Y apesar de eso, ¿quién, entre todos los famosos autores del mundo se encuentra tan completamente incapacitado para pintar en sus novelas otra cosa que la repugnante psicología de la vida, la brutalidad y la estultez de la misma, como Máximo Gorki?

Uno no puede menos de formularse esas y otras preguntas cuando al final de la obra a Yakov, hijo de Pedro, un alfañique gordinflón, cobarde y egoísta, le propinan una soba, lo arrojan del coche de un tren y es muerto por una turba de "tovarischi" revolucionarios que regresan del frente de batalla en el momento en que Miron, sobrino de Pedro, un verdadero espárrago, todo huesos, todo nariz, corto de vista y ridículamente estúpido, huye hacia alguna parte para salvar su vida, en tanto que el mismo Pedro, una ruina paralítica, reducido por los años a un estado de idiótica vejez, es expulsado de su casa por los obreros de su fábrica, a quienes nuestro proletario autor no trepida en describir como medio salvajes y brutos.

Y uno termina por leer esta deprimente y tétrica novela sintiendo que, en efecto, la vida es (para decirlo en las propias palabras de uno de sus protagonistas) "como una laucha en un tarro de frutilla en conserva".

Otra de las peculiaridades de **Decadencia** son los bien traídos aforismos que sus protagonistas, y particularmente algunos de ellos, desparraman por todas sus páginas.

"La verdad se parece a una mujer — es buena mientras sea joven."

"La ciencia no es una muchacha — uno no puede casarse con ella."

"Sin coraje uno no puede hacer un niño, ni matar a un hombre."

Y así abundan en esta novela esa clase de aforismos cuidadosamente ataviados por el autor con tradiciones y dichos rusos. Gorki pone la mayor parte de estos fragmentos de su agudeza en boca de Tikhon Vialov, el sirviente de la familia Artamonov, matando al pobre hombre, materialmente, como actor. Hizo de él un "raissonneur" impersonal que filosofando sobre la vida derrocha aforismos donde quiera que aparece, tanto que hasta el don innato en Gorki para hacer vivir a la gente, falla en resucitarlo.

Tal es, en síntesis, **Decadencia**, la última novela del celebérrimo escritor ruso a que se refiere el cable, y cualesquiera sean sus pequeños lunares, muy típicos en él, por otra parte, quedan eleminador por sus méritos, por el siempre fresco talento de Máximo Gorki.

Marcos G. PURON.

EL PATO CRONICO





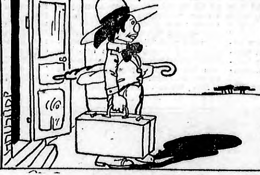




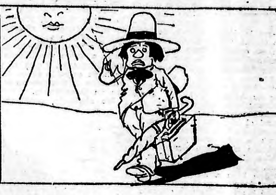
LAS BELLEZAS DEL CAMPO



Preparemos los colores y vamos en busca de un paisaje maravilloso



Eso dijo e hizo Restituto Vermellón, una mañana que se levantó con ganas de trabajar



El gran disco de fuego dejaba caer sus implacables hilos de oro sobre un campo bañado aun por bruma de una noche serena...





Una superficie enorme, sin un saliente que rompiera la monotonía de aquel horizonte interminable, no conmovía el espíritu artístico de Vermellón



Ni un ombú — decía Vermellón, ni un arbusto quiebra la línea de esta llanura desconcertante

Pero Vermellón caminaba y caminaba en busca del ansiado rincón para trasladarlo al lienzo que le iba a dar fama y dinero

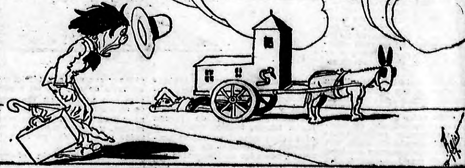


Pronto Restituto sintió los primeros avisos de la sed

Y mirando hacia aquel horizonte que lo torturaba, divisó algo que le llamó la atención



Al aproximarse vió claramente un caserío rodeado de pinos seculares



¡Y llegó por fin al ansiado oasis! Pero como es natural, no pudo ni saciar su sed, ni pintar el maravilloso paisaje que se prometía el insigne pintor Restituto Vermellón

los dolores de riñones, cintura y